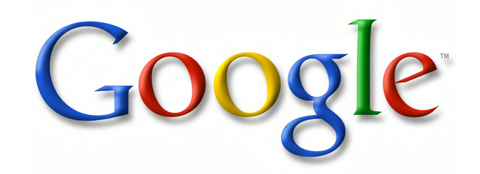
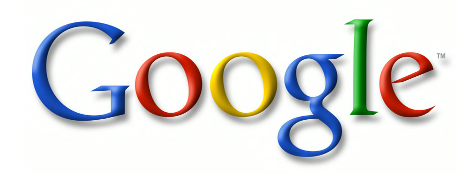
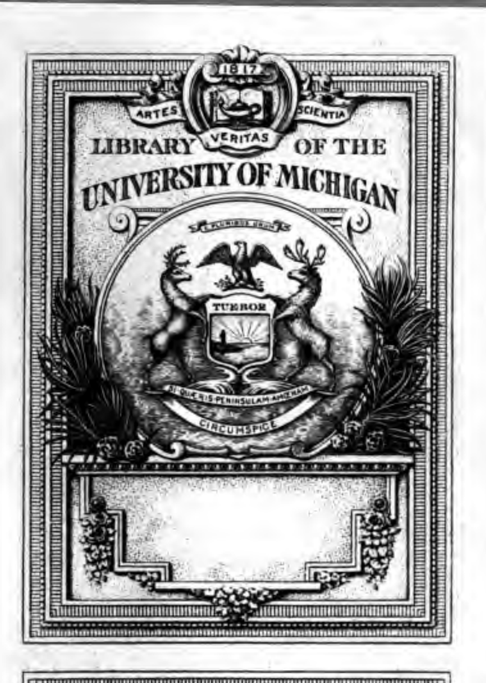





1817
ARTES
SCIENTIA
VERITAS
LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF MICHIGAN
TUEBOR
SI QUAERIS PENINSULAM AMOENAM
CIRCUMSPICE

Toros y Can

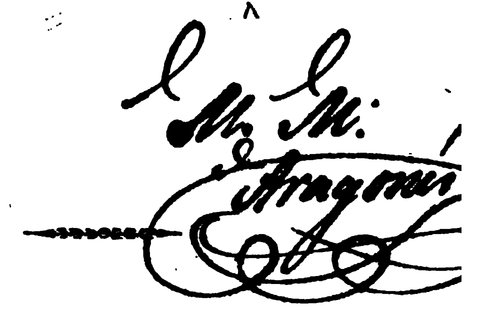
TOROS Y CAÑAS,

COMEDIA ORIGINAL

EN TRES ACTOS Y EN VERSO.

SU AUTOR

D. TOMÁS RODRIGUEZ RUBÍ.



MADRID.

IMPRENTA DE REPULLÉS.

1840.

PERSONAS.	ACTORES.
El Baron.	*Sr. D. Antonio Guzman.*
Carolina.	*Sra. D.ª Matilde Diez.*
Clara.	*Sra. D.ª Teodora Lamadrid.*
El Vizconde.	*Sr. D. Florencio Romea.*
Don Marcial.	*Sr. D. Pedro Sobrado.*
El Conde.	*Sr. D. Lázaro Perez.*
Brígida.	*Sra. D.ª Gerónima Llorente.*
Bruno.	*Sr. D. Luis Fabiani.*
Currillo.	*Sr. D. Mariano Fernandez.*
Rosalía.	*Sra. Parra.*
Un lacayo.	*Sr. Spontoni.*
Un criado.	*Sr. Reyes.*

La escena es en Madrid, en casa del Baron.

ACTO PRIMERO.

Habitacion amueblada con elegancia. A la derecha del espectador una escalera, de la que solo se ven los primeros escalones que salen por detras del último vastidor: en el mismo lado una ventana alta; debajo de ella una mesa.

ESCENA PRIMERA.

CAROLINA. DON MARCIAL.

MARCIAL. Me alegro, señora mia,
de verla á usted tan temprano.
CAROLINA. ¿Eso dice un veterano
cuando son las diez del dia?
MARCIAL. Con razon usted lo estraña,
mas no lo dije por mí,
pues aunque estoy franco aqui
madrugo como en campaña.
Fue por usted, que hace alarde
de oponerse á mi deseo...
nunca temprano la veo,
nunca sola, siempre tarde...
CAROLINA. Qué franco es usted, Marcial.
MARCIAL. Sí señora; esa es la mia;
ni usar de doblez podria
con un ser angelical.
CAROLINA. ¡Malo...! ¿Tambien lisonjero?
MARCIAL. ¡Qué! no señora, ¡qué horror...!
eso no es mas que una flor...
y yo por ellas me muero.
CAROLINA. Y qué mas que las emplea.
MARCIAL. Por lo menos ahora no,
y lo que el labio espresó... (*Al oido.*)

CAROLINA. ¿Sí? Busque usted quien lo crea.
MARCIAL. Por eso me gusta usted;
al haberlo otra escuchado
se hubiera acaso quedado
mas blanca que la pared.
CAROLINA. Y muy bien por cierto haria
si fuera broma pesada,
mas siendo asi, delicada,
cualquiera la escucharía.
MARCIAL. Perfectamente, señora;
cada vez mas me aficiono
de ese donaire y buen tono
que en alto grado atesora.
CAROLINA. ¿Sigue usted con su manía
de ser pródigo en las flores?
MARCIAL. Verdades son.
CAROLINA. No, favores;
tan solo galantería.
MARCIAL. ¿Galantería...? ¡qué gracia!
Hay muy pocos ejemplares,
pues somos los militares
harto bruscos por desgracia.
CAROLINA. No son todos, capitan;
y puedo decir por mí,
que son los que conocí
cada cual á mas galan.
MARCIAL. Sí señora, bien lo sé;
pero aunque tengan buen porte
la fraseologia de Corte
jamas de su gusto fue.
Y en prueba, yo, tan guerrero,
que sé lo que es combatir...
no acierto ahora á decir
lo mucho que á usted la quiero.
CAROLINA. Tan estraña confesion
no pensaba escuchar hoy...
(Sin duda ignora que voy
á unirme con el baron.)
Está usted esta mañana...
¡Oh...! si lo hubiera sabido...
¿Olvida usted que ha venido

á casarse con mi hermana?
MARCIAL. Por esa misma razon
lo dije...
CAROLINA. ¡Qué desvarío!
MARCIAL. Nunca, nunca será mio
su sensible corazon.
CAROLINA. ¿Por qué?
MARCIAL. ¿Por qué, Carolina?
No sé si razon tendré...
CAROLINA. Pero diga usté el por qué.
MARCIAL. Si usté en saberlo se obstina,
se lo diré, y sin rodeos.
Cuando ese baron de Dios,
que es tutor de ustedes dos,
por complacer mis deseos
há poco á Navarra fue,
esta boda me propuso,
y aunque anduvo algo confuso,
en claro yo la acepté.
De sus pupilas me habló,
y me encomió en la pintura
su virtud y su dulzura,
y en esto en nada mintió.
Despues, señora, añadió
que me daba por esposa
de las dos, la mas hermosa,
pero... en esto me engañó.
CAROLINA. (Pues mucho le ha de pesar.)
MARCIAL. Porque apenas llegué á aqui,
por usted me decidí
sin poderlo remediar.
CAROLINA. ¡Eh! don Marcial...
MARCIAL. ¿Qué, señora?
CAROLINA. ¡Me asombra tanta franqueza!
MARCIAL. Tambien á mí la belleza
de esa cara encantadora.
CAROLINA. Es mayor la de mi hermana...
MARCIAL. ¡Mayor...! ¿pues y ese gracejo?
Si usted creyera al espejo,
estaría mas ufana.
Y ademas, señora mia,

el genio de ella es fatal:
yo no soy sentimental
ni tengo melancolía.
¿Cómo quiere usted que asi
con tan diferente estrella
pueda yo agradarle á ella
ni que ella me agrade á mí?

CAROLINA. ¿Está usted loco?

MARCIAL. En verdad
que si lo estoy no lo sé:
la culpa la tiene usté
por su estremada beldad.

CAROLINA. ¿Pues qué es lo que halla usté en mí?

MARCIAL. Mucho, señora, infinito...
pero no, no necesito
espresarlo, ¿no es asi?
pues cuando el alma recibe
una tan grata impresion,
es inútil la razon,
se siente, y no se describe.

CAROLINA. ¡Já...! ¡já...!

MARCIAL. ¡Calla...! ¿usted se rie?
No es broma.

CAROLINA. Por tal la tomo...

MARCIAL. (*Toma una mano á Carolina y quiere besarla.*)
¡Carolina...!

(*Bruno tosiendo atraviesa sin verlos el teatro por la puerta del fondo.*)

CAROLINA. ¡El mayordomo...!
(*Instando por separar su mano de las de don Marcial.*)
Es inútil que porfie.
(*Yéndose.*)
(Nada por dicha alcanzó,
mas la esperanza le dejo.)

ESCENA II.

DON MARCIAL.

¡Maldito sea ese viejo...!

Y qué apunto apareció...
No, pues lo que es la muchacha
es un angel, no es adusta...
Mucho su genio me gusta,
mucho la otra me empacha;
porque tiene unos resabios
que á cualquiera causa enojos,
siempre con llanto en los ojos...
y esta... con risa en los labios.
Nada, pues dejo á la hermana
con su llanto haciendo el coco,
y á esta, ó yo puedo poco,
ó la he de hacer capitana.
¿Y qué le importa al baron?
al fin me caso con una:
las dos tienen, por fortuna,
de dote medio millon...
Con que si no me alucina
el deseo de casarme
debe serle igual el darme
el de Clara ó Carolina.
¡Oh...! sí, convencido me hallo
de que él al fin corresponda...
¡Va...! voy á dar por la Ronda
una vuelta en mi caballo.

(*Al salir tropieza con Bruno, chasca la fusta y dice:*)

¡Don Bruno...!

ESCENA III.

BRUNO.

¡Dios de Israel...!
Pues me gusta el desenfado...
¿Si habrá el capitan pensado
que esta casa es un cuartel?
No, pues si á pechos lo tomo
ya verá el señor valiente
si asi tan impunemente
se atropella á un mayordomo.
Temprano empezamos hoy...

ESCENA IV.

BRÍGIDA. BRUNO.

BRÍGIDA. Don Bruno, ¿y señor?
BRUNO. (*Con sequedad.*) No está.
BRÍGIDA. Jurára que está usted ya
de mal talante...
BRUNO. Sí estoy.
BRÍGIDA. ¿No lo dije? hecho un huron;
es usted como ninguno:
¿cuándo será que don Bruno
mejore de condicion?
Yo que usted la amoldaria...
BRUNO. ¡Eh...! no incansable me arguya,
cada cual tiene la suya...
(*En ademan de marcharse.*)
y á mí me agrada la mia.
BRÍGIDA. No, don Bruno, quieto aqui,
un poco de calma, amigo;
si sabe usted que conmigo
no sirve el ponerse asi.
Si sabe usted que yo soy
su amiga y consoladora;
si sabe usted...
BRUNO. ¡Yo, señora...!
BRÍGIDA. Sí señor.
BRUNO. Vaya, me voy.
BRÍGIDA. ¿Adónde?
BRUNO. (Se va enmendando.)
Á cumplir mi obligacion,
que no le gusta al baron
se pase el tiempo charlando.
BRÍGIDA. Á usted es á quien no gusta,
que el baron no dice nada:
á usted, que todo le enfada,
y le horripila, y le asusta.
BRUNO. Si usted, señora, tuviera
mi responsabilidad,
la misma cara, en verdad,
que yo pongo, usted pusiera.

BRÍGIDA. No señor; yo de las penas
he conseguido librarme,
ofreciendo no apurarme
jamas, por cosas agenas.

BRUNO. ¡Agenas...! ¿y estas lo son?
¿Acaso puedo en conciencia
mirar con indiferencia
los caprichos del baron...?

BRÍGIDA. Asi se deben mirar;
déjelo usted que malgaste,
que aunque su hacienda no baste
usted no la va á heredar.

BRUNO. ¿Con que toda esa frescura
usted me aconseja?

BRÍGIDA. Sí;
ni el desorden que hay aqui
es como usted se figura.

BRUNO. ¡Pues si ese á nadie se esconde...!
¿Y le parece á usted poco?
¿No hay bastante con el loco
del señorito?

BRÍGIDA. ¿El vizconde?

BRUNO. Eterno en calaveradas,
hecho siempre un pordiosero,
siempre pidiendo dinero
y cortejando criadas.

BRÍGIDA. Es jóven y sin consejo...

BRUNO. Su padre gasta... tesoros
entre toreros y toros,
y sin embargo, es mas viejo.

BRÍGIDA. Pues si le causa estrañeza
eso pronto se concilia,
y es, que viene de familia
el ser vanos de cabeza.

BRUNO. De familia, ya lo entiendo;
pues las pupilas tambien
le dan impulso al vaiven
que está la casa sufriendo.

BRÍGIDA. ¿Y en eso acaso hacen mal?
Si gastan, señor don Bruno,
no gastan lo de ninguno,

sino su propio caudal.

BRUNO. Su caudal... pero no obstante...

BRÍGIDA. ¡Eh...! deje usted su manía.
¡Jesus...! ¡siempre en la agonía
con la miseria delante...!
¿Usted no aprende de mí?
Soy el aya de las niñas,
y conmigo nunca hay riñas,
porque á todo digo, *sí*.
Yo disfruto lo que puedo,
y me divierto, y regalo,
y dejo aparte lo malo,
y con lo bueno me quedo...
¿Por qué usted no hace lo mismo?
y no que el celo traspasa
soñando con que la casa
á hundirse va en el abismo...
Sacuda usté esa polilla,
que está usted como un alambre...
jamas se han muerto de hambre
los títulos de Castilla.

BRUNO. ¡Doña Brígida...!

BRÍGIDA. Es verdad,
esos son vanos temores;
deje usted á los señores
que cumplan su voluntad;
que gasten su patrimonio;
que sigan tal ó cual huella,
y si la casa se estrella,
que se la lleve el demonio.

BRUNO. No será, no; y voto á San...
tenga usted, señora Brígida,
esa conciencia mas rígida,
que al fin comemos su pan.

BRÍGIDA. Amigo, he llegado á ver
que pretendo un imposible;
es usted incorregible.

BRUNO. Me alegro; asi quiero ser.

ESCENA V.

BRUNO. BRÍGIDA. UN LACAYO.

LACAYO. Que espera la señorita.
BRÍGIDA. (*Al lacayo.*)
Bien. (*Vase el lacayo.*) Amigo, no mas hoy.
Se queda usted, yo me voy
á paseo y de visita.
¿Quién goza mas, usté ó yo?
Usted estará afanado
mientras yo iré por el Prado
paseándome en *landó.*

ESCENA VI.

BRUNO.

Por mi gusto, en carreta
bajáras hoy al Prado.
¡Qué vieja...! ¡qué egoismo!
y luego... ¡qué descaro!
Asi vas, pobre casa,
á menos cada año...
¡Oh...! cuántas sanguijuelas
estan tu humor chupando.

ESCENA VII.

EL BARON. EL VIZCONDE. BRUNO.

BARON. Señorito, lo dicho;
suba usté al cuarto,
pues quiero que en él quede
hoy arrestado.
VIZCONDE. ¡Padre! ¿es posible
que se muestre conmigo
hoy tan terrible?
BARON. Vamos arriba, arriba;
no tengo ganas
de llevar hoy mas sustos,

basta de chanzas.

VIZCONDE. ¡Padre...!

BARON. Lo dicho;
no he de estar yo sujeto
á tu capricho.

(*Suben por la escalera, óyese cerrar una puerta, y vuelve el baron á la escena.*)

ESCENA VIII.

EL BARON. BRUNO.

BRUNO. ¿Qué ha sido?

BARON. No ha sido nada;
es el diablo ese muchacho.

BRUNO. Pero...

BARON. Nada, una friolera;
de su carácter un rasgo,
un arranque de familia...

BRUNO. Pues entonces lo veo malo.

BARON. Felizmente no ha tenido
su hazaña mal resultado.

BRUNO. ¿Y cuál ha sido?

BARON. ¡Estupenda!
Si vive por un milagro...

BRUNO. ¿Y no sabré...

BARON. A eso voy:
como es tan atolondrado,
se le antojó esta mañana
salir á caballo un rato:
bajó á la caballeriza,
vió el potro nuevo, el gallardo...
ese potrillo valiente
que antes de ayer he comprado
y que al fin lo conseguí
por setecientos ducados...

BRUNO. Que se deben todavía.

BARON. Eso, Bruno, no es del caso.

BRUNO. No será; pero pensé...

BARON. Pues hijo, muy mal pensado.

BRUNO. ¿Y qué fue?

BARON. Nada, un repente;
que lo vió, se lo ensillaron,
salió á la calle con él,
le dió un par de latigazos,
y el potro, que es de rigor
y vivo como un relámpago,
se revolvió cuanto quiso,
amagó con trote largo...
pero despues al galope
salió lo mismo que un rayo,
y en la calle de las Huertas
atropelló á un desdichado.

BRUNO. La culpa la tiene usía;
sino comprára caballos...

BARON. La culpa la tiene el chico,
que no sabe manejarlos.

BRUNO. La culpa...

BARON. Vamos, la culpa
la tiene solo el culpado.
A esta figura, *recorte*
los tauromacos llamamos.

BRUNO. Bien, llámese como quiera,
mas ya que han salido al paso
los toros, voy con perdon
á hablar poco, pero claro.

BARON. ¡Ah Bruno! te veo venir,
y aunque eres torillo *abanto*,
no obstante, puedes hablar,
que *puesto en suerte* te aguardo.

BRUNO. Bien sabe Dios que no entiendo
ninguno de esos vocablos.

BARON. (*Con acento andaluz.*)
Ez que no eres de *zentío*
y ziempre estáz *aplomao*.

BRUNO. Como estoy, señor baron,
es dado á todos los diablos.
La casa no puede ya
sufrir tanto despilfarro:
aqui todos gastan, triunfan,
yo soy solo el que trabajo:
los acreedores son muchos,

las existencias volaron,
porque usía mientras yo
las rentas voy recaudando,
sin encomendarse á Dios
las gasta con esos guapos.
Es preciso...

BARON. ¡Basta, Bruno!
que ponderas demasiado;
si te escucháran creerian
que no tenemos un cuarto.

BRUNO. Pues eso es lo que...

BARON. Sí, sí:
que al cabo de tantos años
no conozco yo tu genio...

BRUNO. No hay genio aqui; solo hay gastos...
á ver si el libro de caja
me deja mentir...

BARON. No, guárdalo...
¡no lo saques...! hombre... ¡qué...!
si yo sé que eres exacto,
por desgracia, en los guarismos.

BRUNO. Es verdad; mas sin embargo
hay en él ciertas partidas
que yo en resúmen alcanzo...
es decir... que á mi favor...

BARON. ¡Pues...! ya lo entiendo, está claro...
mas todo se compondrá
con mis planes, no hay cuidado.

BRUNO. (¡Buenos serán!)

BARON. Sí, Brunito;
ante todo es necesario
sostener bien nuestro crédito...

BRUNO. ¡Si está desacreditado!

BARON. Hombre... ¡no! que está boyante.

BRUNO. Y bien, ¿y qué adelantamos?

BARON. Muchísimo, amigo mio,
asi damos un gran paso,
vivirán los acreedores
con la esperanza, y en tanto,
la tenuta de Sevilla,
que marcha en muy buen estado,

se decide en mi favor...

BRUNO. ¡Cuál...! ¿el pleito con don Carlos?

BARON. El mismo, el de ese sobrino
tan atroz y descastado
que se ha propuesto llevarse
el mejor de mis estados.

BRUNO. Pues es temible rival
el conde de Puerto-franco.

BARON. ¡Atroz...! no lo puedo ver,
y desde que era muchacho
le tengo una antipatía...

BRUNO. Bien, señor; vamos al grano.

BARON. Pues hijo, si gano el pleito,
como lo espero, y tomamos
lo existente, ya hay recursos
para diez ó doce años.

BRUNO. ¡Echa años...! ¿Ignora usía
á lo que ascienden los gastos
de uno solo? ¡Diez ó doce...!
á propósito, aqui traigo
las cuentas documentadas...

BARON. ¡Por Jesus crucificado...!
no me enseñes documentos,
¡vamos...! lo quiero, lo mando.

BRUNO. Es que las cuentas de usía
son solo cuentas de cálculo,
y las mias...

BARON. Son exactas,
exactísimas...

BRUNO. Es claro.

BARON. Pero no me negarás
que mi plan es...

BRUNO. Inexacto.

BARON. ¡Hombre! ¿por qué?

BRUNO. Sí señor;
porque ya se está contando
con fondos que sabe Dios
para quién serán al cabo.

BARON. Eres lo mas material
que yo he visto: supongamos
que se pierden... ¿te figuras

que por eso me embarazo?
¡disparate! otro proyecto...
¡seguro...! traigo entre manos,
que...

BRUNO. ¿Cuál...? ¿cuál...?

BARON. ¡Es un secreto!

BRUNO. ¿Secreto, señor...? sepamos...

BARON. Sepamos, pues; eso es:
ahora voy á revelártelo
para que despues le pongas
dos millones de reparos.

BRUNO. No haré tal, dígalo usía,
que ya impaciente lo aguardo...

BARON. ¡Ay Bruno! por Dios te pido
que no abuses...

BRUNO. Vamos, vamos,
¿qué es en fin...

BARON. Vas á quedarte
al oirlo, estupefacto.

BRUNO. Señor, allá lo veremos.

BARON. ¡Es asunto delicado...!
¿estás...? de mucho sigilo...

BRUNO. Nadie dice lo contrario.

BARON. Requiere cierto talento,
cierto pulso, cierto tacto...

BRUNO. Lo creo, sí; y me parece
que ya basta de preámbulo.

BARON. Es que quiero prepararte,
porque temo tus sarcasmos...

BRUNO. Es que tanto preparar,
señor, me va ya cansando.

BARON. Ten paciencia; has de saber...
¿lo ves? ya vaga en tus labios
esa risita burlona...

BRUNO. ¡Estamos bien...! ¿hay tal paso?
¿reirme yo...?

BARON. ¿No reías?

BRUNO. En tal cosa no he pensado.

BARON. Pues mi secreto tan solo
es que... pero por los clavos
de Cristo que no lo digas...

BRUNO. ¡Otra...!! ¿cuál es...??
BARON. Que me caso.
BRUNO. Jesus, María y José.
BARON. ¿Por ventura has visto al diablo?
BRUNO. No señor; ¿casarse usía...?
BARON. ¿Y qué hay en eso de estraño?
BRUNO. ¡Já!¡já...!
BARON. ¿Lo estás viendo, Bruno?
BRUNO. ¿El qué...? pues si antes aplaudo...
¿Y con quién...?
BARON. Con Carolina.
BRUNO. Cuidado, señor, cuidado,
que ella es muy niña, y usía...
BARON. Ya lo estaba yo esperando.
BRUNO. Y ella es por demas veleta
y de un genio atropellado,
y puede muy bien ahora
proceder sin meditarlo...
y haber despues... ¡sabe Dios...!
y...
BARON. Conjunciones á un lado,
y no temas, que yo sé
donde me aprieta el zapato.
BRUNO. ¿Y ella ignora ese proyecto,
ó sabe ya...?
BARON. Demasiado.
BRUNO. ¿Y aceptó...?
BARON. Con mil amores:
para menos no era el caso.
BRUNO. Entonces no digo nada.
BARON. ¿Lo ves? ¿lo ves, mentecato?
Confiesa que es este plan
el mejor confeccionado
que tú has visto.
BRUNO. Lo confieso.
BARON. Verás qué bien lo pasamos.
El dote es considerable,
yo soy el depositario,
y con él...
BRUNO. No habrá acreedores,
se pagarán los salarios,

los censos, contribuciones...

BARON. ¡Por supuesto...! Mas... ¡qué diablos!
recuerdo ahora que tengo
que hacer esta tarde un pago...
y por cierto no me queda
de la mesada ni un cuarto.

BRUNO. Lo siento, es una desgracia,
está todo tan exhausto...

BARON. Supongo que tú tendrás...

BRUNO. No señor, nada, ni un cuarto.

BARON. ¿Pues no has cobrado hoy mil duros
de Pedro el arrendatario?

BRUNO. Sí señor; pero los tengo
para dárselos á Pablo
el repostero...

BARON. Que espere.

BRUNO. Nada, yo sé lo que hago:
primero es Pablo, señor.

BARON. ¿Es antes Pablo que el amo?

BRUNO. Sí.

BARON. (*Alto.*) ¡Bruno!!

BRUNO. (*Mas.*) ¡Señor baron!!

BARON. Sepa usted que yo lo mando.

BRUNO. Pues yo no lo quiero dar.

BARON. ¿Cómo es eso... ¡temerario!!

BRUNO. ¡Menos bulla...! aqui las cuentas
arrojan bastantes datos...

BARON. ¡Si yo no los necesito!
Cuidado que es mucho atranco;
no puedo hablar, sin que saques
las cuentas á cada paso.

BRUNO. Pues no, que iré á dar dinero
cuando tengo tantos cargos...
Sin ir muy lejos, ahora
de pagar al sastre acabo
doscientos duros y pico
por un vestido de majo.

BARON. ¿Lo ha traido?

BRUNO. Sí señor.

BARON. ¿Y dónde está?

BRUNO. En el armario.

BARON. Me alegro, Bruno, me alegro;
al punto voy á probármelo.
¿Estás? al instante vuelvo,
y cuéntame aquello en tanto.

ESCENA IX.

BRUNO.

Por más que uno se desvela,
el baron lo mismo está.
¡Otra vez dinero anhela!
¿Y para que lo querrá...?
para alguna francachela.
(*Saca papeles del bolsillo y se pone á examinarlos.*)

ESCENA X.

BRUNO. ROSALÍA. CURRILLO.

(*Los dos últimos salen por diferente lado, y se encuentran en el fondo.*)

CURRILLO. Ma legro topar contigo
ROSALÍA. A Dios, Curro.
CURRILLO. Prenda mia,
el conde estas cuatro letras
me envia dende Zeviya
y vienen para oña Clara.
(*Le da una carta.*)
ROSALÍA. ¿Del conde? dame. ¡Qué dicha!
¡Ay! que está aqui el mayordomo.
¡Dios nos libre de su vista!
CURRILLO. ¡Zalá...! no tengas canguelo
estando en mi compañía.
ROSALÍA. A Dios, que voy á entregársela.
CURRILLO. ¡A Dios, gitana...! ¡Qué chica...!

ESCENA XI.

CURRILLO. BRUNO.

CURRILLO. Aquí estoy yo.

BRUNO. (*Guarda los papeles.*)
(¡Qué espantajo!)
CURRILLO. ¿Qué tal va, don Jeremías?
BRUNO. Oiga usted, señor torero,
á mí nadie me confirma,
y sepa usted que, don Bruno,
me pusieron en la pila.
CURRILLO. ¿Tamien el don, camará?
BRUNO. ¡Sí, tambien!
CURRILLO. ¡Ave María!!
BRUNO. ¿A qué viene ese aspaviento?
CURRILLO. Viene bien á eza mentira.
BRUNO. ¡Mentira... y soy de Sanabria?
CURRILLO. ¿Es hidalgo de la pinta?
Entonces no *garlo* mas.
BRUNO. ¿Qué...? ¿qué dice usted?
CURRILLO. Desía,
comparito, que no quiero
gastá con usté zaliva.
BRUNO. Mejor.
CURRILLO. ¿Y por qué mejor?
BRUNO. Porque me carga su vista.



CURRILLO. Y dígame usté, *don Burro*...
BRUNO. ¡Uf...! ¡otra...! ¡por vida mia...!
¿me quiere usted chulear...?
CURRILLO. ¿A usté yo con eza jiba...?
BRUNO. ¡Voto á brios...!
CURRILLO. ¡Vamos, Zoniche!
¿por qué tan presto ze agita?
Vaya, dígame zi está
en casa zu zeñoría.
BRUNO. Pregúntelo usté al portero.
CURRILLO. ¡Por las ánimas benditas...!
¿Está usté mal con el bulto?
BRUNO. (Me está llenando de ira.)
CURRILLO. ¿Quiere usté que yo le dé
un baño de pulicía?
BRUNO. (Ya no puedo aguantar mas.)
Quítese usted de mi vista,
ó voy con un puñetazo
á romperle á usted la crisma.

CURRILLO. (*Retrocediendo.*) Espere usté, *don Onofre.*
BRUNO. (*Yéndose.*) ¡Don Diablo... que le resista!
CURRILLO. Escúcheme usté, *don Juas.*
BRUNO. ¡Don... Canalla...!
CURRILLO. Don Uzía,
cudiao no ze caiga el *don*,
que va usté con mucha priza.
BRUNO. ¡Miserable...! usted debiera
salir de aqui con la misma;
mas no tiene usted la culpa,
si no el que en su casa abriga
objetos tan despreciables
como usted, *señor don Quidam.*

ESCENA XII.

EL BARON. BRUNO. CURRILLO.

BARON. ¡Bruno!
BRUNO. ¡Demonio me llamo...! (*Vase.*)
BARON. Currillo, ¿qué le decias?
CURRILLO. Si no zale usté, le meto
dos pares de banderiyas.
BARON. ¿Has tenido por ventura
con él alguna *cojida*?
CURRILLO. Por poco; pero hise un *quiebro*
y püe librá la *fila.*
BARON. Es el *vicho* revoltoso...
CURRILLO. No es coza, es una *cabriya.*
BARON. Y... ¿cómo está nuestro asunto?
CURRILLO. Va de viaje, y bien camina.
BARON. Segun eso has visto á Pepa.
CURRILLO. La vi esta mañana en miza,
y... compae, ¡vaya un cuerpo!
no hay otro en Andalucía.
BARON. ¿La hablastes, Curro?
CURRILLO. ¡Y al alma...!
le dí el regalo... y la endina...
BARON. ¿Acaso no lo admitió?
CURRILLO. Al prensipio no queria;
pero al zalir á la caye

mos paramos en la esquina
y ayí me dijo unas cozas...

BARON. ¿Qué cosas, di...?

CURRILLO. ¡Frioleriya...!
Me dijo con mucha zal,
y azi entornando la vista,
y con la cara inflamá,
y en fin, medio trasponía...
"Curriyo, dale las grasias
por esto á su ceñoría."

BARON. ¡Bravo, bravo!

CURRILLO. Y dijo mas.

BARON. ¿Qué mas?

CURRILLO. Que á tené mantiya,
iria mañana mesmo
á verle á usté á la corría.

BARON. Pues hombre, que no lo deje
por una cosa tan nimia.
Yo me encargo de enviársela.

CURRILLO. Y dijo mas.

BARON. ¡Alma mia!
¿Qué mas dijo?

CURRILLO. Me rogó
con muchísima fatiga
que yo no me zepartara
de usté en los toros.

BARON. ¡Bendita!
Le agradezco el interes;
ya ves, Currillo, eso indica
que aquel corazon de marmol
se va trocando...

CURRILLO. En almibar;
pues ya ze lo dije á osté.

BARON. Es verdad, y á tus intrigas,
Currillo, todo lo debo:
te regalo la tordilla.

CURRILLO. ¿Cuál, la jaca jerezana?

BARON. La misma, Curro, la misma.

CURRILLO. ¿Con aparejo reondo?

BARON. Con aparejo y con silla.

CURRILLO. Grasias, baron.

BARON. Lo mereces,
que vale mucho la chica.

CURRILLO. La chica... ¡juy, pare mio...!
vale mas que toa la India.

BARON. Y dime, ¿vino el *ganao*?

CURRILLO. Ha yegao al zer de dia,
y ya le está á usté esperando
en el corral de la Quinta.

BARON. Pues hombre, vamos á verlo...
Vamos, Curro, ¿qué meditas?

CURRILLO. ¿Ahora con tanto zol?

BARON. Iremos en la berlina,
que está enganchada.

CURRILLO. Me apaña.

BARON. ¿Y qué tal es?

CURRILLO. Por la pinta
boyante, de güen *trapío*.

BARON. Lo encargué de casta fina...

CURRILLO. ¿Vamos?

BARON. Sí, vamos allá.

CURRILLO. Va á ser güena la corría.

ESCENA XIII.

CLARA. ROSALÍA: aquella con una carta en la mano, que oculta poco despues.

CLARA. Dios sin duda lo ha querido;
¿no es cierto, di, Rosalía?
porque si hubiera salido,
ya ves, no hubiera tenido
tal placer el alma mia.

ROSALÍA. ¿No la vuelve usté á leer?

CLARA. No, no; que alguno pudiera
mi secreto sorprender...

ROSALÍA. Ya no hay nada que temer.

CLARA. ¡Oh...! si el tutor lo supiera...

ROSALÍA. ¿Con que viene el conde?

CLARA. Sí,
y me alegro, que estoy harta
de que dispongan de mí.

ROSALÍA. ¿Y pronto?
CLARA. Me afirma aqui
que llegará con la carta.
ROSALÍA. Entonces con esa prisa
estará ya...
CLARA. No sé; me avisa
que viene á Madrid en posta.
ROSALÍA. Ya el capitan... ¡ay qué risa...!
tiene moros en la costa.
CLARA. ¿Y te ries...? ¡Ah, Dios mio...!
Aunque el conde es cariñoso,
tiene el genio impetuoso;
y luego, el baron su tio
está con él tan quejoso,
que es de temer un desman...
ROSALÍA. Mas ánimo, señorita;
el baron y el capitan
en cabeza allá se van;
y ademas, todo se evita...
CLARA. ¿Cómo, di?
ROSALÍA. Con que su amante
sin hacer el arrogante
ni cuidar de su adversario,
la pida á usted, y al instante
la saque por el vicario.
CLARA. ¡Qué escándalo...!
ROSALÍA. Es cosa... sí,
á mi ver la mas sencilla...
¿Saben de ese amor aqui?
CLARA. No: cuando estuve en Sevilla
á don Carlos conocí:
alli fue donde me amó
y ser mi esposo juró;
nadie lo pudo saber...
despues tuve que volver,
y á poco el pleito empezó.
ROSALÍA. No obstante, á mas siempre ha ido
su amor, segun lo que veo...
CLARA. A mas, asi ha sucedido,
y solo lo ha sostenido...
ROSALÍA. Pues, ya lo entiendo, el correo.

ESCENA XIV.

CLARA. ROSALÍA. UN CRIADO.

CRIADO. Señorita, un caballero
desea hablar con usted.
CLARA. ¡Conmigo...! (¡qué agitacion!)
¿Y no te ha dicho quién es?
CRIADO. Me parece forastero...
CLARA. Dile que entre. (*Vase el criado.*)
¡Ay Dios...! ¡es él...!
ROSALÍA. ¿Tan pronto...? ya viene aquí.

ESCENA XV.

CLARA. EL CONDE. ROSALÍA.

CLARA. ¡Ah... Carlos...!!
CONDE. ¡Clara...! ¡mi bien!
ROSALÍA. Voy á ponerme de acecho.
CLARA. ¡Cuánto he sufrido...!
CONDE. Lo sé;
y yo al saber que sufrias
contigo sufrí tambien;
pero enjuga ya ese llanto;
yo te vengo á defender,
y á mas de una voluntad
ponerle coto sabré.
CLARA. Mucho el verte me consuela;
pero ya empiezo á temer
la cólera del baron,
y que el capitan despues...
CONDE. Pues cálmate; al capitan
con franqueza le hablaré,
y le diré que esta plaza
no se fundó para él:
que yo no tengo la culpa
de que él llegara despues:
¡que mi tio lo ha dispuesto
sin consultar con tu fé...!
y por último, si insiste

y se empeña en no ceder,
quiere decir que á balazos
mi derecho sostendré.

CLARA. ¡Me estremezco de escucharte...!
¡Ah... conde...! ¿Lo ves, lo ves?

CONDE. No, no llegará ese caso;
pero al baron ya veré...

CLARA. Está contigo furioso.

CONDE. ¿Y qué le tengo de hacer?
¿Quiere llevarse mis bienes
y que yo quieto me esté?
Nada de eso; con la paz
le brindaré y con el bien;
si no los quiere aceptar
y sigue con su chochez,
entonces, Clara, habrá toros,
y cañas habrá tambien.

CLARA. Bueno, Carlos, pero júrame
no irritarte...

CONDE. Yo no sé
si ante ellos, querida mia,
podré enfrenar mi altivez.

CLARA. Sí podrás, hazlo por mí.

CONDE. ¡Hermosa...! por tí lo haré.
Pero dime; ¿y el Currillo?
lo quisiera al punto ver...

CLARA. Aqui ha estado hace muy poco
y con el baron se fué.

CONDE. A buscarlo voy, pues quiero
obrar de acuerdo con él.

ROSALÍA. ¡La señorita y el aya...!

CLARA. ¡Ay cielos...! te van á ver...

CONDE. No quisiera...

CLARA. Rosalía,
llévalo...

ROSALÍA. Sí, sí; ya sé.

CONDE. A Dios, mi vida; muy pronto
nos volveremos á ver.

ESCENA XVI.

CLARA. Despues CAROLINA.

CLARA. ¡A Dios, mi consolador...!,
al fin puedo respirar
sin temor de ver mañana
esclava mi voluntad.
CAROLINA. ¡Qué fastidio...! Dime, Clara,
¿ha venido don Marcial...?
CLARA. Lo ignoro...

ESCENA XVII.

CAROLINA.

¡Buena respuesta!
"Lo ignoro..." ¡Calla...! y se va...
Mi hermana se ha vuelto tonta
de puro sentimental.
"Lo ignoro..." ¡Vaya por Dios...!
¡qué bien dice el capitan!
Esta, tan triste y sombría,
él, tan franco, tan jovial...
y... ¡cuántas cosas me ha dicho...!
sí, me ha dado en que pensar...

ESCENA XVIII.

CAROLINA. EL VIZCONDE, abriendo la ventana.

VIZCONDE. Pues señor, estoy resuelto;
yo no puedo sufrir mas,
y pienso que estos castigos
no convienen á mi edad.
Allá voy... pero... ¡qué diantre!
me voy á perniquebrar...
mas... ¿no es esa Carolina?
¡Oh, muchacha angelical...!
¡Carolina...!
CAROLINA. ¿Quién me llama?

VIZCONDE. No, muger; mira hácia acá.

CAROLINA. ¿Eres tú...? ¿qué haces ahí?

VIZCONDE. Casi nada; meditar
un medio para evadirme
de este maldito desvan.

CAROLINA. ¿Pues cómo te hallas en él?

VIZCONDE. Lo que es en él me hallo mal.

CAROLINA. Quiero decir, ¿cómo entraste?

VIZCONDE. Eso es largo de contar;
pero tú puedes volverme
si quieres la libertad.

CAROLINA. ¿Estás encerrado...?

VIZCONDE. Sí.

CAROLINA. ¿Y por qué?

VIZCONDE. Por galopar.

CAROLINA. ¿Y qué hago yo...?

VIZCONDE. Aquella silla
sobre esta mesa pondrás,
me descuelgo, caigo en ella,
te abrazo, chica, y en paz.

CAROLINA. Mil gracias... yo te agradezco
tanta generosidad.

VIZCONDE. Bien, bien; pero pon la silla.

CAROLINA. ¿La silla quieres...? ya está.

VIZCONDE. Pues atiende á mi descenso...

(*Fuera ya de la ventana suenan pasos.*)

CAROLINA. ¡Ay...! que vienen...

VIZCONDE. ¡Voto á San...

ESCENA XIX.

CAROLINA. EL VIZCONDE. BRUNO.

BRUNO. Bueno, bueno, señorito.

VIZCONDE. (Pues ya no me vuelvo atras.)

BRUNO. En sabiéndolo el baron...

VIZCONDE. Es que no hay necesidad
de que lo sepa: tú calla,
y déjame lo demas.

BRUNO. Por supuesto; y me encargó
la mayor severidad...

y vigilancia...

CAROLINA. No importa;

yo pronto le haré callar
diciéndole que salió
por mi propia autoridad.

BRUNO. Entonces si usted se obliga...

VIZCONDE. Hombre, sí; pues claro está.

(*A Carolina.*)

Te quedo agradecidísimo,
y no sé con qué pagar
esta merced que he debido
á tu estremada bondad.
Aquí grabada en mi pecho,
Carolina... (*Va á abrazarla.*)

CAROLINA. ¿Dónde vas?

VIZCONDE. Tienes razon; vente, Bruno,
ven, que te voy á pagar
aquello... ¡A Dios!

CAROLINA. A Dios, loco.

BRUNO. Muy razonable hoy estás.

ESCENA XX.

CAROLINA.

¡Pobrecillo! tiene un alma
de lo mas angelical...
Nunca lo he visto tan tierno,
y hasta he llegado á notar...
me voy á buscar el aya...
¡Ay vizconde! ¡ay capitan!

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Jardin.

ESCENA PRIMERA.

CAROLINA, CLARA. Despues BRÍGIDA.

CLARA. Eso se llama locura.
CAROLINA. Y eso otro, Clara, insultar.
CLARA. ¡Insultar...!
BRÍGIDA. ¡Jesus, qué estrépito!
Vamos, niñas, haya paz.
CAROLINA. No ha de haber.
BRÍGIDA. Pues haya guerra,
y guerra descomunal.
CAROLINA. Tampoco.
BRÍGIDA. Pues haya entonces
lo que vosotras querais;
ya sabeis que es mi propósito
daros gusto y nada mas.
CAROLINA. La culpa la tiene Clara.
CLARA. Eso, hermana, no es verdad;
tú me has dicho tus secretos,
yo mi modo de pensar.
CAROLINA. Eso es, llamándome loca.
BRÍGIDA. ¡Válgame Dios, qué crueldad!
CLARA. Y aun fue poco.
CAROLINA. ¿La oye usted?
Cada vez me ofende mas.
BRIGÍDA. Muy cierto; pero sepamos
por qué es la incomodidad.
CAROLINA. Por la cosa mas sencilla...
CLARA. Nada tiene de trivial.

BRÍGIDA. (*A Clara.*) (*A Carolina.*)
Sí lo creo. Vamos, hija,
al cabo nada será.

CAROLINA. Le hablaba de que conmigo
se quiere el baron casar...

BRÍGIDA. Bien.

CAROLINA. Y porque esta mañana
escuché del capitan
espresiones amorosas,
y aun declaracion formal,
me ha llamado desenvuelta,
y loca, y... no sé qué mas...
diciendo que sin oirle
le debí abofetear...

BRÍGIDA. (*A Carolina.*)
¡Qué atrocidad...! ¡bofetones...!
son de mala sociedad.
(*A Clara.*)
Dijistes, Clara, muy bien,
porque es el tal don Marcial...
(*A Carolina.*)
¡Y con aquellos bigotes!
¡Huy...! ¡huy...! qué miedo me da.

CLARA. La que está comprometida
en nada debe pensar
sino en cumplir su palabra
con firmeza, con lealtad.

BRÍGIDA. (¡Qué rigidez de principios!)

CAROLINA. Yo te quisiera imitar,
pero nuestro genio, hermana,
ya lo sabes, no es igual.
Solicitóme el baron,
y no me pude escusar:
en casa poco despues
se presentó el capitan;
tú le pusistes mal gesto,
y él, que no es sentimental,
enamoróse de mí
de pronto, á lo militar,
me dijo que me adoraba...
yo le escuché, y no hubo mas.

BRÍGIDA. Ya ves como lo confiesa;
es mucha su ingenuidad.

CLARA. Es que aun no lo ha dicho todo,
escuche usté y juzgará.

BRÍGIDA. Vamos á ver, hija mia,
¿qué te queda que contar?

CAROLINA. No lo quisiera decir,
porque como Clara es tan...

CLARA. No, Carolina, es que temes
mi justa severidad.

BRÍGIDA. ¡Ay Jesus! ¿ha sucedido
alguna cosa formal?

CAROLINA. ¡Eh...! no hay que formar misterios
ni juicios aventurar,
pues mi pecado consiste
en una conquista mas.

BRÍGIDA. ¡Respiro!

CLARA. (¡Vaya un descoco!)

BRÍGIDA. Ese ya es otro cantar.
¿Y quién es él?

CAROLINA. El vizconde.

BRÍGIDA. Pues no me parece mal.

CLARA. Pues á mí sí me parece.

BRÍGIDA. Quiero decir...

CLARA. Y en verdad
que no habrá nadie que aplauda
conducta tan criminal.
Con ella ofende á su clase,
á su sexo, y ademas
podrán ocurrir mañana
disgustos de gravedad,
compromisos...

CAROLINA. Calla, calla,
y no nos augures mas.
Ofensas, y compromisos,
y disgustos... ¿dónde estan?
Sin duda, Clara, los miras
por engañoso cristal.
Si yo al baron no le dije
cuál era mi voluntad;
fue porque no comprendia

entonces lo que era amar,
y negar ó conceder
me pareció que era igual;
pero despues he notado
que nos aleja la edad,
y que allá en su mente ocupan
las vacadas mi lugar...
y á pesar de este abandono,
no le he dado á don Marcial
ni una esperanza que pueda
calmar su amoroso afan.

BRÍGIDA. Muy bien hecho; eso se llama
ser constante, fiel, leal...

CLARA. ¿Y al vizconde...?

CAROLINA. ¡Oh...! á ese sí,
preciso es decirlo ya...
aunque su amor lo he debido
á una caña de pescar.

BRÍGIDA. ¿A una caña... Carolina?
cosa mas original...

CAROLINA. Há poco que en el estanque
me detuve á contemplar
de colores y de peces
la infinita variedad:
pasó entonce uno tan grande,
que acaso no tendrá igual:
armé el anzuelo, y al irlo
en las aguas á arrojar,
se detiene, vuelvo el rostro,
y vi al vizconde detras
con el anzuelo enganchado
en la solapa del frac.

BRÍGIDA. ¡Lindo pez!

CAROLINA. El pobrecillo
se acercó, y con ademan
apasionado me dijo:
"Hoy me has dado libertad,
y ahora por dicha mia
me la vuelves á quitar."
No sé que le contesté,
ni sé si me dijo mas...

¿Hay algo de malo en esto?

BRÍGIDA. Antes es muy natural,
la cuestion es de hijo y padre.

CAROLINA. Ellos la ventilarán,
ó yo la decidiré
cumpliendo mi voluntad.

CLARA. Tal vez mañana el vizconde
olvido te deberá.

COROLINA. Estoy segura que nadie
ocupará su lugar.

CLARA. Lo dificulto, porque
es mucha tu veleidad.

CAROLINA. No lo es menos tu porfia.

CLARA. Es justa...

BRÍGIDA. Bien, basta ya;
todo ello no es mas que amores,
y eso es fruta de la edad.

CLARA. Las leyes de la modestia
no se deben quebrantar.

BRÍGIDA. ¡Oh...!! por supuesto, hija mia.

CAROLINA. Yo las observo.

CLARA. No hay tal.

CAROLINA. (*A Brigida.*)
¿La oye usted? todo es envidia.

BRÍGIDA. Pues, envidia... eso será.

ESCENA II.

CAROLINA. CLARA. BRÍGIDA. CURRILLO.

CURRILLO. A Dios, cabayeros... ¡Hole!
¡várgame zanta Escolástica!
que está en el jardin reunío
lo mejó de toa la casa.

CAROLINA. (*Ap. á Brigida.*)
¡Currillo...! me alegro verle,
porque tiene tanta gracia...

BRÍGIDA. (*Ap. á Carolina.*)
Que no te enamores de él.

CAROLINA. ¡Por supuesto...! ¡qué bobada!
(*A Curro.*)
¿Vino el baron?

CURRILLO. Sí zeñora,
y está leyendo las cartas.
CAROLINA ¿Y cómo está usted, Currito?
CURRILLO. Estoy, zeñora á ezas plantas
lo mesmo que un triste perro.
CAROLINA. ¡Já! ¡já! ¡já...!
BRÍGIDA. (¡Qué patochada!)
CURRILLO. Y almirao de ver reunías
en este zitio tres caras
que á un tiempo estan rebozando
alegría, gloria y grasia.
BRÍGIDA. Es favor que usted, Currito...
(La oportunidad no es mala.)
CAROLINA. Dice usted que estan alegres...
¿ha visto usted la de Clara?
CLARA. ¡Carolina...! no pensé
ser objeto de tus chanzas,
ni servir de diversion
delante de gente estraña.
CAROLINA. No te enojes; yo lo he dicho
porque en verdad, me da lástima
verte tan seria...
CLARA. No imploro
compasion de nadie.
BRÍGIDA. Basta,
niñas...
CURRILLO. Déjeme usté á mí,
y verá qué presto cayan.
(*Á Clara.*)
¿Usté por qué está aflegía?
(*Bajo.*)
(El zeñó conde la aguardá.)
CLARA. (¿Dónde?)
CURRILLO. (*Alto.*) Ná, juera las penas,
que tó en este mundo es farza.
(*Bajo.*)
(En la reja del jardin.)
(*Alto.*)
¿Estamos? y pecho al agua.
(*Bajo.*)
(Enfáese usté conmigo.)

CLARA. Me admira la confianza
con que usted me da consejos...

CURRILLO. Zeñora, al aconsejarla...
(*Bajo.*)
(Ahora nájese usté.)
(*Altó.*)
El ojerto que yevaba...

CLARA. Busque usted otra que escuche
sus groseras bufonadas.

CURRILLO. Pero oiga usté... (*Baja.*) (Aqui me queo
pa guardarle las espardaz.)

ESCENA III.

CAROLINA. BRÍGIDA. CURRILLO.

CURRILLO. Está visto, ze las guiya...
pu zeñó, buen genio gasta.

CAROLINA. No estrañe usted eso en ella,
porque es sin querer uraña.

BRÍGIDA. ¿Y adónde se irá?

CURRILLO. A su cuarto,
sin dua á esfogá la rabia.

CAROLINA. Vaya bendita de Dios.

CURRILLO. Bendita e la Virgen vaya.

CAROLINA. Y en fin, ¿cuándo es la corrida?

CURRILLO. Mañana por la mañana.

BRÍGIDA. ¡Qué diversion tan diabólica!
me tiene sobresaltada,
y sentiré que al baron
le salga la fiesta cara.

CURRILLO. Pus no tema usté, zeñora,
porque estando en mi compaña,
y en tanto que estaz manitas
regolver puean la capa,
el baron está zeguro
de *embroques* y de *cornáas*.

CAROLINA. Lo creo, pues tiene usted
de toreador buena fama.

CURRILLO. ¡Zeñorita...! yo quisiera
que osté me viera en la plasa:
ayí, ayí ze ven lo jombres,

y yo zoy... hablando en prata,
vamos... no es coza... pa qué,
zoy el viento en cuerpo y alma.
Yo, zeñorita, toreo
con arreglo á la ordenanza,
porque ni *piernas* ni estógamo
elante el *vicho* me fartan:
yo nunca tomo el *jolivo*,
porque eso es de poca *lacha*,
y cuando la *res ze escupe*
le diño *un quiebro*, y ze *naja*.

BRÍGIDA. Muy bueno; mas si al baron,
que no sabrá esa jarana,
el toro lo quiebra un dia,
dígame usted, ¿quién lo salva?

CURRILLO. Yo, que estoy ziempre á su lao,
¿estamos? y esto le basta.
Al baron á inteligensia
del arte, naide le gana;
gayea mu varilmente,
piernas zolo le hasen farta,
pero tiene un corason
mas grande que el de una vaca.

BRÍGIDA. ¡Ave María Purísima!

CAROLINA. ¡Já! ¡já! ¡já...!

CURRILLO. ¿Ustées se espantan?
pus no hay mas que preguntarlo
á toitos mis camaráas.

BRÍGIDA. No; basta que usted lo diga.

CURRILLO. Por zupuesto, en ezo estaba.
Onde ustes lo ven, es hombre
que vale muchita plata.

CAROLINA. Mucho debe usted quererlo,
porque en estremo lo ensalza.

CURRILLO. Yo, zí jeñora, lo quiero,
y con toitica mi arma,
porque es hombre campechano
y rumbozo cuando gasta:
hoy mesmo má regalao
la tordiya jerezana,
y vamos aquí á comé

yo, él y mis camaráas.
CAROLINA. ¿Con que es hoy la gran comida?
BRÍGIDA. Soberbia va á andar la danza.
CURRILLO. ¿Pues qué, ustés no lo zabian?
CAROLINA. No, no nos han dicho nada,
porque como no asistimos
jamas á tales jaranas...
CURRILLO. Pues zeñora, zepa usté
que hoy se junta, aqui en la zala
del jardin, lo mas zeleto
de toa la tauromaquia.
CAROLINA. Sí lo creo, y la funcion
será divertida...
CURRILLO. ¡Vaya!
con zolo nombrá la gente
se colige si habrá zambra.
Viene *Paco* el *Feo*...
BRÍGIDA. ¡Huy...!
CURRILLO. No hay que asustarse, nostrama.
El *Rojo*, *Anton*, el *Zurdiyo*,
el *Romo*, *el Cuco*, *Pastrana*,
el *Nene*, *Ambrosio*, *Cachete*,
y sobre tos *Tragaldabas*,
que si se pone el endino
á entoná con fé unas *cañas*,
aqueyo, niña, es morirse.
CAROLINA. Tambien sabrá usted cantarlas.
CURRILLO. Tamien; pero ziempre tengo
carraspera en la garganta.

ESCENA IV.

EL VIZCONDE. CAROLINA. BRÍGIDA. CURRILLO.

VIZCONDE. (Pues me escondo.) Hola, señores...
CURRILLO. Zeñorito, güenos dias.
VIZCONDE. Pensé que ya no estarias,
Carolina, entre las flores.
CURRILLO. (Mientras la habla el zeñorito
se me va á najar la vieja,
y pué á la que está en la reja
atrapar en el garlito.

Pue voy á garlá con ella.)
¿Y usté no va á la corría?

BRÍGIDA. No, no; que me asustaría.

VIZCONDE. (*A Carolina.*)
¡Qué feliz es hoy mi estrella!

CAROLINA. Tu dicha fundas en poco.

CURRILLO. ¡Juy, zalero! ¡qué fatiga...!

BRÍGIDA. (¡Me enamora!)

VIZCONDE. (*Toma una mano á Carolina, y quiere besarla.*)
¿Solo amiga...?

CAROLINA. (*Retirando la mano.*)
Sí, vizconde, y no seas loco.

VIZCONDE. Mas esperaba de tí...

CURRILLO. Pues mire usté, es la verdá.

BRÍGIDA. Pues deje usted eso ya...

CAROLINA. ¿Todo eso te dije allí?

VIZCONDE. Lo olvidas muy facilmente.

CURRILLO. Por lo mesmo lo digo hoy.

BRÍGIDA. (*En ademan de retirarse, y Curro deteniéndola.*)
Vaya, Currillo, me voy...

CAROLINA. ¿Quién será el inconsecuente?

VIZCONDE. No lo soy yo, Carolina.

CURRILLO. (Pus se va, no hay mas remedio...
que no ze me ocurra un medio...)
(*Presentando á Brígida una mano.*)
¿Me quié usté sacá esta espina?

BRÍGIDA. ¿A ver?

VIZCONDE. ¿Te convences ya?

CAROLINA. Si ese es solo tu deseo...

BRÍGIDA. ¿Dónde está, que no la veo?

CURRILLO. Búsquela usté, que ahí está.

VIZCONDE. Que ya el sosiego perdí
hoy mi labio te juró.

BRÍGIDA. ¿A ver, mire usted, salió?

CURRILLO. No zeñora, que está aqui.

VIZCONDE. Tan amorosa fatiga
solo la calma himeneo...

BRÍGIDA. Pues hijo, yo no la veo.

CURRILLO. Pues si parece una viga;

¡señora...! que mas la mete...
BRÍGIDA. Pues vaya usté á la doncella.
CURRILLO. ¿Se va? pues me voy con ella.

ESCENA V.

CAROLINA. EL VIZCONDE.

VIZCONDE. Y he formado un ramillete
de las mas preciadas flores,
que guardo en el cenador.
CAROLINA. Yo agradezco tanto amor.
VIZCONDE. Emblema de mis amores
son allí rosa y clavel,
la siempreviva constante,
y... ya verás qué elegante;
espérame, voy por él.

ESCENA VI.

CAROLINA.

Sí, suyo es mi corazon,
pues late solo al oirle:
mas... ¿cómo podré decirle
los designios del baron?
Si le hago esta confesion,
tal vez mi fin consiguiera,
pero... ¿y si entonce hay quimera?
¿Qué partido he de tomar?
Lo mejor será callar,
y venga lo que Dios quiera.

ESCENA VII.

CAROLINA. DON MARCIAL. Despues EL VIZCONDE.

MARCIAL. (¿Otra vez solo mi amor?)
CAROLINA. (¡El guerrero...! tarde es ya.)
MARCIAL. Sin remision hoy está
la fortuna en mi favor.

CAROLINA. ¿Por qué?

MARCIAL. Porque sí señora,
y bien claro está el por qué,
cuando puede verla á usté
á solas el que la adora.

CAROLINA. Tan solo ese buen humor
le puede á usted disculpar.

MARCIAL. Yo pienso que no es pecar
hacer recuerdos de amor.

CAROLINA. ¡Oh...! pues yo pienso que sí,
y en esto, no, no me engaño;
porque es, don Marcial, estraño
que usted me requiebre á mí
y se case con mi hermana.

(Sale el vizconde con un ramo de flores en la mano, y se queda observándolos.)

MARCIAL. Eso es batir en desórden,
y admiro tal contraorden;
¿pues no he dicho esta mañana
cuál es mi única intencion?
Si no es asi, que me vea...
en fin, porque usted lo crea
le voy á hablar al baron...

VIZCONDE. (¡A mi padre!)

MARCIAL. Y le diré
con franqueza y claridad
cuál es nuestra voluntad,
y todo lo alcanzaré.

CAROLINA. (¡Qué imprudencia!)

MARCIAL. Sí señora;
porque al fin nos hizo Dios
para querernos los dos...

VIZCONDE. (Por Cristo que la enamora...!
Con ella se va á lucir.)

CAROLINA. Aunque su amistad le abona,
(á ver si asi me abandona.)
le debo á usted advertir
que oculte de él ese amor,
que no lo llegue á saber,
porque se espone á perder
la amistad de mi tutor;

que hay peligros en tal paso,
y si usted lo llega á dar,
es tan facil resbalar...

MARCIAL. No temo ningun fracaso;
y ademas, niña hechicera,
peligros son los que busco,
que ante ellos jamas me ofusco,
ni la bilis se me altera.

VIZCONDE. (*Tira el ramo.*)
(Ya lo veremos, valiente.)

MARCIAL. ¡Peligros...! no tema usté;
yo todos los venceré
sin cuidado y frente á frente.
Nada me importa un revés,
ni obstáculos indebidos...

CAROLINA. Es que despues de vencidos
los hay mayores despues;
porque usted juega un albur
en que el perder es seguro...

MARCIAL. Pues yo, señora, le juro...

CAROLINA. Bien, júrelo usted, y abur.
(Si este hombre no es un tonto
debe haberme comprendido.)

ESCENA VIII.

DON MARCIAL. EL VIZCONDE.

MARCIAL. Si es esto cierto ó fingido
lo voy á saber bien pronto.
Ella me ama... y con pasion,
pues aunque no me lo ha dicho,
será... por miedo... ó capricho...
Nada, derecho al baron.

VIZCONDE. ¡Don Marcial...!

MARCIAL. Vuelvo al instante.

ESCENA IX.

EL VIZCONDE.

Por Dios que me he divertido;

¿por dónde se ha aparecido
este ciego, fiero amante?
¿Pues no tiene destinada
para muger á Clarilla?
¡Qué embrollo! La pobrecilla
hasta en esto es desgraciada.
¡Oh...! no; pues lo que hace á mí
trabajo le ha de costar
le voy á desafiar...
Pero ¡ay! mi padre está aqui.

ESCENA X.

EL BARON. EL VIZCONDE. CURRILLO.

BARON. Quisiera verla esta noche.
CURRILLO. Pues eso corre e mi cuenta.
BARON. Anda á ver si la comida
la tenemos ya dispuesta,
y si ha venido la gente.
CURRILLO. Voy, y al punto estoy e vuelta.

ESCENA XI.

EL BARON. EL VIZCONDE.

BARON. ¡Calla...! ¿no es este el vizconde?
VIZCONDE. Sí señor.
BARON. Dime, tronera,
¿quién te ha mandado salir?
Sepamos con qué licencia...
VIZCONDE. Con ninguna, padre mio.
BARON. Me gusta la desvergüenza.
¿Quién ha sido el temerario
que abrió á tu carcel la puerta?
VIZCONDE. Nadie; ni fue menester,
pues no he salido por ella.
BARON. ¿Pues por dónde, hijo del alma?
VIZCONDE. Por la ventana.
BARON. ¡Ay qué pieza
me has jugado...!

VIZCONDE. La verdad,
se me acabó la paciencia,
la puerta estaba cerrada,
y al ver la ventana abierta,
sin querer hacer agravio
á la autoridad paterna,
me descolgué, y felizmente,
señor baron, vine á tierra.

BARON. Es decir, señor vizconde,
que á usted ya nada le enfrena,
y que el castigo es inútil,
porque todo lo desprecia...

VIZCONDE. ¡Ay papá...! bien sabe usía...

BARON. Vamos, menos cuchufletas.

VIZCONDE. Que mi obediencia es sin límites,
y que tengo dadas pruebas...

BARON. De hacer todo lo contrario.

VIZCONDE. Pero la bondad inmensa
que tiene vueseñoría
me perdona estas flaquezas...

BARON. (Está visto; de este loco
no es posible hacer carrera.)
Cuidado para otra vez,
y nunca de vista pierdas
que puede mi señoría
enfadarse muy de veras,
y entonces, vas derechito
á hacer locuras á América.

VIZCONDE. ¡Qué horror...! Nada, cuente usted
desde ahora con mi enmienda.

BARON. Eso despues lo veremos.

VIZCONDE. Y si usted me da licencia...

BARON. ¿Adónde vas?

VIZCONDE. A tirar
un rato las armas.

BARON. Cuenta
con el juicio.

VIZCONDE. A Dios, papá...

BARON. Anda con Dios, buena pieza.

VIZCONDE. (Quiero volver á adiestrarme...
pero aqui el capitan llega.)

ESCENA XII.

EL BARON. EL VIZCONDE. DON MARCIAL.

ONDE. (*Aparte.*)
Tenemos luego que hablar.
CIAL. Vizconde, cuando usted quiera.
(¡Qué embajada! ¿Qué querrá...?)

ESCENA XIII.

EL BARON. DON MARCIAL.

CIAL. Señor baron, ó demonio,
¿dónde diablos anda usted?
Hace un rato que ando loco
buscándole por la casa...
ON. Pues yo, amigo, no me escondo,
y cuando usted no me ha visto
tendrá á componer los ojos.
CIAL. ¡Ay, que tiene usted razon!
¡Ciego estoy...!
ON. Hombre, me asombro
de oirle á usted: ¿cómo es eso?
CIAL. El decírselo es forzoso,
y tambien el que arreglemos
entre los dos un negocio.
ON. ¿Negocio, y entre los dos?
Lo dice usted con un tono...
CIAL. Que usted lo tendrá, sin duda,
por oscuro y misterioso...
ON. Yo no lo tengo por nada...
¡pero hombre, si trae usté el rostro
alterado! ¿qué ha ocurrido?
CIAL. Nada, baron, un embrollo,
un vice-versa de amor...
ON. ¿De amor... eh...? pues soy un bobo,
ó usted, Marcial, no se esplica.
CIAL. Es verdad, me esplico poco;
mas, voy á salir del paso
sin andarme en requilorios.

BARON. ¿Del paso va usté á salir?
(¿Si será algun *Paso-honroso*?)

MARCIAL. Sí señor; vamos á cuentas.

BARON. (*Sobresaltado.*)
¡Cómo á cuentas!

MARCIAL. Poco á poco.
¿A qué he venido yo aqui?

BARON. ¡Estraño interrogatorio!
¿Pues qué, no lo sabe usted?
A casarse.

MARCIAL. Me conformo.
Usted tiene dos pupilas...
¿No es verdad esto...?

BARON. Y de á folio.

MARCIAL. Y usted quiere que con una
contraiga yo matrimonio...

BARON. Es un hecho.

MARCIAL. Porque al fin
usted necesita un novio
que, como yo, tenga bienes,
y no exija asi de pronto
el dote de la muchacha...

BARON. Bien, hombre... mas... ¡qué demonio!
al asunto principal;
dejemos los episodios.

MARCIAL. Pues señor, usted lo sabe;
yo admití como un bolonio,
y como usted en Pamplona
lo puso tan llano todo,
me vine á ver mi futura...
pero apenas le eché el ojo
conocí, señor baron,
que era aguado mi consorcio.

BARON. ¡Qué dice usted...!

MARCIAL. La verdad;
y era fuerza ser un topo
para no haberlo advertido.

BARON. Oyendo á usted me trastorno.
Que diga usted esas cosas
al cabo de diez y ocho,
y mas dias que la trata...

MARCIAL. Qué quiere usted, soy un poco
escaso de comprension...
BARON. Pero amigo, yo supongo
que tendrá usted grandes pruebas...
MARCIAL. Me las han dado los ojos,
y cuando juzgo por ellos
pocas veces me equivoco.
BARON. Acabe usted, con mil diablos,
que me tiene usted absorto.
MARCIAL. Si usted lo quiere, que sea.
Yo no puedo ser esposo
de la que usted me destina,
porque he notado que solo
mi triste persona sirve
para ocasionarle enojos.
BARON. ¡Jesus, hombre...!
MARCIAL. ¡Chist...! despacio.
Si ante ella, baron, me pongo,
la repugnancia, el fastidio
se asoman luego á su rostro:
si la requiero de amores,
me contesta con sollozos;
siempre la hallo suspirando,
y en fin, siempre haciendo el coco.
Ya ve usted que para mí,
que soy lo mismo que un tronco
en tocando á lo sensible,
es un apuro, un ahogo,
pensar qué le hará al marido
cuando ya le llora al novio.
BARON. Hombre... ¡já...! ¡já...! no pensé
que era usted tan caviloso.
¡Por vida...! ¡y qué usted lo diga...!
Ese es un doble bochorno.
¿Dónde vamos á parar...
pues ya no es usted tan mozo
que...
MARCIAL. ¿Qué quiere usted decir?
ya sé que no soy visoño,
¿pero qué importa mi edad?
¿adónde está ese bochorno...

BARON. ¿Aun no lo comprende usted
y está saltando á los ojos?
¿No ve usted, hombre de Dios,
que esos lánguidos sollozos
y devorantes suspiros
en vez de ultraje, son solo
arrebatos de pudor
y de modestia..., sonrojos
que padecen las muchachas
cuando está delante el novio?
¡Vá! capitan, en amores
se ha quedado usted muy corto.

MARCIAL. Búrlese usted, mas yo pienso
de muy diferente modo.

BARON. Pues qué, ¿usted no se merece...

MARCIAL. Dejémonos de piropos.
A la chica no le place
tenerme á mí por esposo,
y en parte, la pobrecilla
tiene razon, lo conozco.

BARON. (Le ha pegado la modestia.)

MARCIAL. Aun no cuenta diez y ocho
abriles, y yo ya tengo
sobre treinta algunos pocos:
ella es fina, delicada,
y yo, amigo, soy tan tosco
que prefiero un bombardeo
á suspiros y sollozos...
En fin baron, no me caso
con ella de ningun modo.
(Disparé la batería.)

BARON. Me ha dejado usted atónito...
¿Y es ese ya el ultimatum?

MARCIAL. Sí señor.

BARON. ¡Oh, qué estrambótico
se ha vuelto usted, capitan!
¿Qué importan esos escollos?
¿aspira usté al celibato?
¿pretende usted ser canónigo?

MARCIAL. No señor; quiero casarme.

BARON. Pues á un lado los estorbos;

ánimo, vuelta á la carga,
y cuente usted con mi apoyo.

MARCIAL. ¿Me apoyará usted, baron?
BARON. Lo afirmo, y lo corroboro.
MARCIAL. ¿Para la boda que pienso...
BARON. Claro está, para eso solo.
MARCIAL. ¿Y usted no desmayará...
BARON. No señor: ¡vaya...! (¡Qué plomo!)
MARCIAL. ¿Ni habrá luego...
BARON. Nada, nada.
MARCIAL. ¿Obstáculos, ni...
BARON. Tampoco.
MARCIAL. ¿Y yo, en fin, me casaré
con la que en el alma adoro?
BARON. Con Clara.
MARCIAL. No, si no es esa...
BARON. ¿Pues quién es? ¿estamos locos?
MARCIAL. Su hermana.
BARON. ¿Quién dice usted...?
MARCIAL. Carolina.
BARON. (¡Qué es lo que oigo!)
Carolina... ¿eh...? Carolina...
¡Oh...! sí..., ¡pues...! (A que le rompo
la crisma.)
MARCIAL. ¿Se admira usted
cuando el asunto es tan obvio?
Lo mismo es esta que aquella
en celebrando el consorcio,
y lo mismo es para usted
asi, que del otro modo.
BARON. No señor... (¡Aqui hay un lance!)
porque... Carolina es de otro...
MARCIAL. ¡Qué escucho...!
BARON. Y se va á casar,
lo mas tarde, en el mes próximo.
MARCIAL. ¿Es eso cierto?
BARON. Ciertísimo.
MARCIAL. ¿Y quién ha sido el dichoso...
ó mejor dicho... el caribe...
BARON. (*Furioso.*)
¡Eh...! capitan, poco á poco,

que á mí no me insulta nadie.
MARCIAL. ¡Insultarle á usted...! pues cómo...
¿se va usté á casar con ella?
BARON. Sí señor, fuera el embozo;
me caso con ella; ¿y qué?
MARCIAL. Usted no estrañe mi asombro;
pensé que estaba usted dado
de baja en el matrimonio...
BARON. Pues, señor, estoy de alta.
MARCIAL. ¡Bravo...! Sí, ya lo supongo;
pero jamas esperé
que otra vez cruzara el golfo...
siendo viudo há tantos años...
y aficionado á los toros...
BARON. Dejémonos de indirectas.
MARCIAL. ¡Já...! ¡já...! es usted venturoso.
Baron, nada hemos hablado,
¿está usted?
BARON. Bien, me conformo.
MARCIAL. Quede todo como estaba,
y hasta la vista, buen mozo.
(Veremos quién se la lleva.)

ESCENA XIV.

EL BARON.

Por Cristo que me divierto.
Me gusta el capitanazo...
No, pues si no lo detengo
me llena indirectamente
de reproches y dicterios.
¡Hola...! Fortuna que yo
le salí pronto al encuentro...

ESCENA XV.

EL BARON. CURRILLO.

CURRILLO. Nostramo, á comé ze vá.
BARON. Corriente; ¿ha venido el pueblo?

RILLO. Sí jeñó, ya está reunío,
y la jambre yega al sielo.
ON. Pues á no hacerle esperar,
Currillo, vamos adentro.

ESCENA XVI.

CURRILLO.

¡Juy...! ¡cómo ze va á poné
de mosto este probe cuerpo!
ese dentro algazara y el principio de una caña l compas del choque de los vasos y de los golpes que dan sobre las mesas, y mezclada de las iguientes palabras, pero de modo que no impida ir el diálogo.)
OS. ¡Que viva el zeñó baron!
ION. ¡Chicos...! ¡que viva el toreo!
OS. ¡Vivan!
OS. ¡Ole!
—¡Zaleroso!—
—¡Alsa!—
—¡Dale!—
—¡Vaya!—
—Bueno.—
RRILLO. ¡Jezucristo...! ya está armá.
¡Ay está...! ¡viva el jaleo...!
Caya... ¿no es aquel el conde?
Hasia aqui viene... es el mesmo.

ESCENA XVII.

EL CONDE. CURRILLO.

NDE. Currillo, ¿adónde está el tio?
RRILLO. Arrepàre usté el estrépito.
NDE. ¿Está con tus camaradas?
RRILLO. Zi jeñó, ya está comiendo.
NDE. ¿Y de nuestro plan qué hay?
RRILLO. Mucho. Ya está tóo rezuelto.
NDE. ¿Cuándo va á verla?

CURRILLO. Esta noche.
CONDE. ¿Solo?
CURRILLO. Conmigo.
CONDE. Me alegro.
CURRILLO. Y yo tamien, zeñorito.
CONDE. ¿A ver cómo lo has dispuesto?
CURRILLO. Mu fasil: á en ca e la Pepa
yo y él nos vamos erechos,
eya estará en otra parte,
entramos los dos á drento,
se mata la luz, y al punto
dos gaches con gran silensio
zalen, le arriman un tute
y otro á mí, por no zer menos;
á los primeros trancasos
saldremos los dos juyendo;
quea el baron castigao,
usté servío, y Laus Deo.
CONDE. Cuidado; no hacerle mal,
solo asustarlo.
CURRILLO. Pue jeso,
zurríos que suenen mucho
y no hagan ná.
CONDE. Bien, convengo.
CURRILLO. Ya zabe usté que Currriyo
en cualisquier lanse de estos
es un hombre; y por usté
espongo yo... ¡ná...! cayemos.
CONDE. Y ya sabes tú tambien
del modo que yo agradezco.
CURRILLO. Es verdá.
CONDE. Ahora es preciso
que te vayas á allá dentro
y le digas al baron
que salga, y aqui lo espero.
CURRILLO. ¡Qué dise usté, zeñó conde!
CONDE. Nada mas; hazlo al momento.
CURRILLO. (¡Este es un hombre mu cruo...!)
Pues jeñó, ná, voy á haserlo.
¿Y si pregunta quién es?
CONDE. Responde que un forastero.

CURRILLO. Que no se esgrasie la fiesta.
CONDE. ¡Vamos...!
CURRILLO. Voy. (Malo lo veo.)

ESCENA XVIII.

EL CONDE.

Cuando tanto se humilla un caballero
no encuentra entre su séquito un amigo.
¡Miserables...! le estafan el dinero
y sirven de instrumento á su castigo.
Loco debe de estar: dudo y espero;
pero si hoy mis intentos no consigo,
seremos ¡vive Dios! por varios modos
todos estraños y enemigos todos.



ESCENA XIX.

EL BARON. EL CONDE.

(*Principia á anochecer, y en el resto de la escena oscurece completamente: por el lado donde se supone está la comida sale el reflejo de las luces.*)

BARON. (*Saliendo.*)
¿Quién será? Vamos á ver.
Pues hombre, no es mal aprieto;
¿adónde está ese sugeto
que no me deja comer?
CONDE. Al lado de usted, señor.
BARON. (Algun pobre vergonzante.)
Dígame usted al instante
qué quiere, y me hará un favor.
Hay dias tan ocupados...
CONDE. Y hoy será de los mayores,
porque hará usted los honores
á sus nobles convidados.
BARON. Sí... sí... con efecto.
CONDE. Siento
molestar hoy su atencion;
pero yo, señor baron...,

BARON. (Tendré que tomar asiento...)
CONDE. Vengo á pedirle merced...
BARON. (¡Limosna...! ¡me tienen frito!)
CONDE. Y para ello necesito
un rato hablar con usted.
BARON. ¿Pues qué está usted aguardando?
CONDE. Que usted me quiera escuchar.
BARON. ¿Y lo puede usted dudar,
cuando le estoy escuchando?
CONDE. ¿Se acuerda usted de un sobrino
que es conde y vive en Sevilla?
BARON. ¿El que del mal la semilla
vertió en mi casa sin tino?
Puerto-franco... ¡Botarate!
Sí, mucho; á pleitos me asedia,
y si Dios no lo remedia
voy á hacer un disparate...
Pero es muy larga esta historia.
¿tambien lo conoce usté?
CONDE. ¡Vaya...! y celebro que esté
tan impreso en su memoria.
BARON. No, no se irá de ella, no...
mas... salgamos de este atranco,
¿qué es ello?
CONDE. Ese Puerto-franco
su sobrino...
BARON. ¿Qué...?
CONDE. Soy yo.
BARON. (¡Huif...!! ¡Vírgen del Tremedal!
esta lengua me ha perdido...
¡friolera...! no me he metido
en flojo verengenal.)
¿Con que eres mi sobrinito?
No era facil conocer...
Como no te he vuelto á ver
desde que eras chiquitito,
y luego, la oscuridad...
CONDE. Deje usted, señor baron,
de darme satisfaccion;
sé que es mucha su bondad,
y que respecto de mí...

BARON. ¡Oh...! sí... pero entremos...
CONDE. ¡Qué...!
mejor aquí le hablaré...
BARON. ¿Pero aqui ha de ser...?
CONDE. Aqui.
BARON. (¿Si traerá intenciónes puras?)
CONDE. Este sitio es retirado...
BARON. Es que no son de mi agrado
estas escenas á oscuras.
CONDE. Lo que es esta, será corta.
BARON. ¿Vienes de guerra ó de paz?
CONDE. Como vengo es sin disfraz.
BARON. Pues vamos á lo que importa.
CONDE. Pues oiga usted.
BARON. Oigo pues.
CONDE. ¿Va usted á casar á Clara
con un militar?
BARON. Es rara
la pregunta.
CONDE. No lo es.
BARON. Pues señor, vóila á casar.
CONDE. Pues eso no puede ser.
BARON. ¿Y quién se podrá oponer?
CONDE. Quien la viene á libertar.
BARON. ¡Tú...! ¿de qué...?
CONDE. De males ciertos.
BARON. (¡Este sobrino es un zote...!)
¡Va...! ¿te has metido á Quijote
para desfacer entuertos?
CONDE. Entienda usted lo que digo.
Con él no se ha de casar.
BARON. ¡Mandamiento singular!
¿Pues con quién, conde?
CONDE. Conmigo.
BARON. ¡Cómo...! ¿acaso ella te quiere?
CONDE. Eso, señor, no es del caso.
BARON. Vamos, tú das este paso
á salga lo que saliere.
No pensé que la ambicion
te hiciera asi delirar.
¿Con que quieres atrapar

BARON. ¿Aun no lo comprende usted
y está saltando á los ojos?
¿No ve usted, hombre de Dios,
que esos lánguidos sollozos
y devorantes suspiros
en vez de ultraje, son solo
arrebatos de pudor
y de modestia... sonrojos
que padecen las muchachas
cuando está delante el novio?
¡Vá! capitan, en amores
se ha quedado usted muy corto.

MARCIAL. Búrlese usted, mas yo pienso
de muy diferente modo.

BARON. Pues qué, ¿usted no se merece...

MARCIAL. Dejémonos de piropos.
A la chica no le place
tenerme á mí por esposo,
y en parte, la pobrecilla
tiene razon, lo conozco.

BARON. (Le ha pegado la modestia.)

MARCIAL. Aun no cuenta diez y ocho
abriles, y yo ya tengo
sobre treinta algunos pocos:
ella es fina, delicada,
y yo, amigo, soy tan tosco
que prefiero un bombardeo
á suspiros y sollozos...
En fin baron, no me caso
con ella de ningun modo.
(Disparé la batería.)

BARON. Me ha dejado usted atónito...
¿Y es ese ya el ultimatum?

MARCIAL. Sí señor.

BARON. ¡Oh, qué estrambótico
se ha vuelto usted, capitan!
¿Qué importan esos escollos?
¿aspira usté al celibato?
¿pretende usted ser canónigo?

MARCIAL. No señor; quiero casarme.

BARON. Pues á un lado los estorbos;

ánimo, vuelta á la carga,
y cuente usted con mi apoyo.

MARCIAL. ¿Me apoyará usted, baron?

BARON. Lo afirmo, y lo corroboro.

MARCIAL. ¿Para la boda que pienso...

BARON. Claro está, para eso solo.

MARCIAL. ¿Y usted no desmayará...

BARON. No señor: ¡vaya...! (¡Qué plomo!)

MARCIAL. ¿Ni habrá luego...

BARON. Nada, nada.

MARCIAL. ¿Obstáculos, ni...

BARON. Tampoco.

MARCIAL. ¿Y yo, en fin, me casaré
con la que en el alma adoro?

BARON. Con Clara.

MARCIAL. No, si no es esa...

BARON. ¿Pues quién es? ¿estamos locos?

MARCIAL. Su hermana.

BARON. ¿Quién dice usted...?

MARCIAL. Carolina.

BARON. (¡Qué es lo que oigo!)
Carolina... ¿eh...? Carolina...
¡Oh...! sí..., ¡pues...! (A que le rompo
la crisma.)

MARCIAL. ¿Se admira usted
cuando el asunto es tan obvio?
Lo mismo es esta que aquella
en celebrando el consorcio,
y lo mismo es para usted
asi, que del otro modo.

BARON. No señor... (¡Aqui hay un lance!)
porque... Carolina es de otro...

MARCIAL. ¡Qué escucho...!

BARON. Y se va á casar,
lo mas tarde, en el mes próximo.

MARCIAL. ¿Es eso cierto?

BARON. Ciertísimo.

MARCIAL. ¿Y quién ha sido el dichoso...
ó mejor dicho... el caribe...

BARON. (*Furioso.*)
¡Eh...! capitan, poco á poco,

VIZCONDE. Ni le ha dado á usté esperanzas...
MARCIAL. ¿Para qué las quiero yo?
VIZCONDE. ¿Con que está usted decidido?
MARCIAL. Decidido.
VIZCONDE. (¡Habrá moscon!)
MARCIAL. (Capitula.)
VIZCONDE. ¡Eso es cruel!
MARCIAL. Con efecto, es muy atroz.
VIZCONDE. ¡Y brutal!
MARCIAL. Perfectamente.
VIZCONDE. Pues yo no cedo.
MARCIAL. Ni yo.
VIZCONDE. En ese caso, las armas
decidirán la cuestion.
MARCIAL. ¡Las armas...! ¿Está usted loco...?
No haya guerra entre los dos.
¿Qué vamos á adelantar
con batirnos? ¡Eh...! No, no:
bandera de paz, vizconde,
sigamos con nuestro amor,
y que toque la fortuna
á quien la quiera dar Dios.
VIZCONDE. Eso, nunca, capitan;
pues no puedo sufrir yo
que ninguno me haga sombra
cuando quiero ver el sol.
MARCIAL. Aqui no hay sombra que valga...
VIZCONDE. Ya lo he dicho; usted, ó yo.
MARCIAL. Pero hombre, usted se atribula,
esa es mucha obcecacion;
¡un duelo...! ¡qué disparate!
Usted es jóven, y yo
sin querer pudiera darle
una funesta leccion...
VIZCONDE. Nada escucho; es la una y media:
renuncie usted á ese amor,
ó en el bosque del jardin
nos batimos á las dos.
MARCIAL. ¡Vizconde...!
VIZCONDE. Lo que oye usted.
MARCIAL. ¿Pero qué dirá el baron...?

ONDE. No está en casa, está hoy de toros.
CIAL. ¿Se va usted ya?
ONDE. Sí señor;
medite usted...
CIAL. ¡Imposible...!
ONDE. Bueno, bueno; hasta las dos.

ESCENA II.

DON MARCIAL.

¡Qué demonio de muchacho!
Va lo mismo que un leon...
No, pues lo que es este asunto
cada vez está peor.
Batirme con él... ¡qué diablos!
No tengo perdon de Dios;
tan criatura... y ademas,
le sobra al pobre razon:
él dice que Carolina
su corazon ya le dió...
¿Y á mí? palabras ambiguas...
Nada, nada, en conclusion,
risitas que habré yo acaso
traducido en mi favor.
Pero, señor, yo me aturdo;
¿pues no la quiere el baron?
¡Uf...! ¡Qué enredo! ¡Qué embolismo!
Vamos á ver, ¿qué hago yo?
Con mucho pulso, no sea
que vuele el medio millon.
¿No me han destinado á Clara?
¿Y ella me ha dicho que no?
¿No es lindísima tambien?
¿Quién lo duda...? ¡Voto á brios!
Hasta le dan los sollozos
cierto aspecto seductor,
que no he notado hasta ahora.
Y aqui no hay oposicion...
Vaya, me caso con ella;
está visto, es lo mejor:

seremos todos felices,
y no echaré yo un borron
con escándalos y duelos
á mi conducta... ¡Qué horror...!
¡A ella...! pero ¡ah fortuna!
Aqui viene... ¡qué ocasion!

ESCENA III.

CLARA. DON MARCIAL.

CLARA. ¡Ah...!
MARCIAL. Adelante, señorita...
CLARA. Perdone usted...
MARCIAL. ¡Yo...! ¿De qué?
CLARA. Que no estaba aqui pensé...
MARCIAL. Segun eso, usted me evita...
CLARA. No señor. (Turbada estoy.)
MARCIAL. (Al cuerpo me vuelve el alma.)
Lo dije porque la calma
sin sentir perdiendo voy,
y pienso, señora mia,
que usted por demas ingrata
es la que me la arrebata,
y con ella la alegría.
CLARA. Tal lenguaje, caballero,
y á solas, no escucho yo;
en todo se equivocó,
y ahora de usted espero
que permita me retire.
MARCIAL. (¿El lenguaje le ha chocado?
Pues otro mas delicado.)
Deje usted que antes suspire
el rigor de la fortuna
que se opone á mi deseo,
ya que á su lado me veo
sin esperanza ninguna.
¿Es posible, Clara bella,
que me trate usted asi?

ESCENA IV.

. DON MARCIAL. EL CONDE, que se queda observándolos.

E. (¡Qué es esto! ¿los dos aqui?)
IA. Cruel ha sido mi estrella;
que me llevaba creía
en pós la felicidad...
y solo á la oscuridad,
señora, me conducia.
(Si aun asi me deja feo,
digo que es de cal y canto.)
E. (Pues no esperaba yo tanto.)
A. Si eso ha sido un galanteo
ó quejas de amor, confieso,
señor, que no lo he entendido.
IAL. (¡Bien...! ¡he quedado lucido!)
E. (Le va á hacer perder el seso.)
IAL. Lo volveré á repetir,
que no hay en ello reparo,
y aun me esplicaré mas claro
si es que usted me quiere oir.
A. Lo que es la repeticion
pudiera usted escusar...
IAL. ¿Me irá usted hasta á negar
lo que exige la atencion?
No tema usted, señorita,
que ofenda yo su belleza
con esta marcial franqueza...
¡nunca el cielo lo permita!
Pues aunque acaso me llama
desatento..., no sé quién,
sé yo, señora, muy bien
cómo se trata á una dama.
A. No lo dudo, caballero.
E. (¿En qué vendrá esto á parar?)
CIAL. Si usted se niega á escuchar
lo que yo decirle quiero,
doblemente sentiré
que quien tiene tal donaire
me venga á hacer un desaire

sin á qué ni para qué.

CLARA. No ha sido esa mi intencion.
(Qué importuno compromiso.)

MARCIAL. Pues entonces es preciso
ponernos en la razon.

CONDE. (No sé qué hacer, vive Dios.)

MARCIAL. Tal vez habrá usté olvidado
que su tutor se ha empeñado
en casarnos á los dos.
Yo me he dado por contento,
que no es floja la merced,
y solo por verla á usted
he dejado el regimiento.
He venido, y con dolor...
(solo el decirlo me irrita.)
pienso que usted, señorita,
no opina con su tutor...
Esto no es mas que pensar,
usted dirá lo que quiera;
lo que es yo, mucho sintiera
por esta vez acertar.

CONDE. (El hombre está algo pesado.)

MARCIAL. La franqueza está en mi boca;
á usted ahora le toca
decir si me he equivocado.

CONDE. (¡Cielos! ¿qué irá á responder?)

CLARA. Me obliga usted en verdad
á imitar su ingenuidad,
y lo voy á complacer.
Digno es usted, me parece,
de ser de cualquiera dueño,
y es mi mano don pequeño
para lo que usted merece.
Sí señor; á mucho mas
puede usted ser acreedor...
Lo que manda mi tutor...
no podré cumplir jamas.
Lo he dicho... perdone usté;
un obstáculo invencible...
En fin, señor, no es posible,
y callar quiero el por qué.

MARCIAL. (Pues me ha gustado el discurso.)
CONDE. (Famosa satisfaccion.)
MARCIAL. Es decir, en conclusion,
que no me queda recurso;
me alegro, porque impolítica
fuera el resèntirme ahora
cuando sabe usted, señora,
negar con tanta política.
Pero seamos sinceros
y esos motivos sepamos,
ya que al cabo nos quedamos
como amigos verdaderos.
¿En qué pueden estribar?
Yo no soy ningun vestiglo,
y pienso que usted del siglo
no se querrá retirar...
CLARA. No canse usted su razon,
que aunque á ella estan sujetos,
quiero yo que esos secretos
los guarde mi corazon.
MARCIAL. ¿No quiere usted revelarlos?
¿Pero al menos, no sabré...
CONDE. (*Poniéndose en medio de los dos.*)
Yo se los revelaré.
MARCIAL. ¡Qué demonio...!
CLARA. (¡Cielos! ¡Carlos!)
MARCIAL. Con que usted... ¡cosa mas rara...!
Es decir, caballerito,
que tambien toca usted pito...
CONDE. Espere usted; vete, Clara.
CLARA. No lo esperes.
CONDE. ¿Por qué no?
MARCIAL. (¡Por vida de Belcebú!
¡Se tratan de tú por tú!)
CLARA. Aqui debo de estar yo,
conde...
MARCIAL. (¡Calla...! ¿Tambien conde?
Pues no hay nobles en la trama;
me sopla un conde la dama
y me desbanca un vizconde...
Vamos á ver si es verdad.)

(Se coloca en medio de los dos.)

Un instante mas, señora;
y usted escúcheme ahora
en gracia de esta beldad.

CONDE. Bien quisiera, pero...

CLARA. (¡Ay Dios!)

CONDE. De admirar, don Marcial, es
que trate usted entre tres
lo que ser debe entre dos.

MARCIAL. Oportuna por demas
es, amigo, la advertencia,
y ya no debo en conciencia
aspirar á saber mas.
Porque de usted la cautela,
y de Clarita el temor,
cada cual, de un fino amor
la existencia me revela.

CONDE. Sí señor, todo es asi;
antigua es esta pasion.

MARCIAL. (Maldito sea el baron;
lindo papel hago aqui.)
Pues señor, soy enemigo
de romper tan dulces lazos...
(Porque empezar á porrazos
con este hombre, ¡qué consigo?
Que mas me aborrezca Clara.)
Ni encuentro razon ninguna
para alejar la fortuna
que por usted se declara.

CLARA. (¡Oh...! ¡qué estremada nobleza!

CONDE. (Lo creí mas indigesto.)

MARCIAL. Y á no haber sido por esto...
se lo digo con franqueza,
á haber estado mi afan
por ella correspondido,
de cierto, no hubiera sido
quien cediera el capitan.

CONDE. Su nobleza y valor sé,
y afirmo que su hidalguía
no cedió á la cobardía,
á la razon solo fue.

MARCIAL. Me agrada esa confesion;
los tres estamos sin culpa;
el que no tiene disculpa
es el bendito baron.

CONDE. Ha sido tan impensada...

MARCIAL. Qué, si es un alma de palo...
por cierto no fuera malo
jugarle alguna pasada.
(Carolina está en su cuarto,
y el vizconde... ¡Voto á brios!)
(*Saca el reló.*)
Citado quedé á las dos
y son las dos menos cuarto.)
Agur...

CONDE. ¿Se va usted?

MARCIAL. Me voy.

CONDE. Pues á Dios, amigo mio;
en su prudencia me fio...

MARCIAL. Descanse usted por quien soy.
(Si lo reduzco por fin...
¡qué triunfo...! vamos á ver;
mas... si no quiere ceder
habrá la de San Quintin.)

ESCENA V.

CLARA. EL CONDE.

CONDE. ¿Qué dices de esto?

CLARA. Qué quieres
que diga, que estoy absorta
y no sé cómo esplicarme
una mudanza tan pronta.

CONDE. Tampoco esperaba yo
salir de esta trapisonda
con tanta felicidad;
pero ya está visto, hermosa,
que la suerte se declara
de nosotros protectora.

CLARA. Donoso es el don Marcial.

CONDE. Es un caballero en toda

la estension de la palabra;
brillantes prendas le adornan,
y aunque estravagante un poco,
tiene el alma generosa.

CLARA. ¿Qué dirá luego el tutor?

CONDE. Lo que diga no me importa;
conocerá, no lo dudes,
que es hoy muy dificil cosa
tener acierto arreglando
por el capricho las bodas.

CLARA. Es verdad; pero yo temo...

CONDE. ¿Los trasportes de su cólera...?
¿Quién podrá ofenderte, di,
al lado del que te adora?

CLARA. ¡Conde...!

CONDE. Sí, ventura mia;
deja de estar temerosa,
que no es un crimen querer
lo que la virtud abona.

CLARA. Tu voz me alienta.

CONDE. Muy pronto
podré llamarte mi esposa,
por mas que el baron se niegue
y á nuestra dicha se oponga.

CLARA. Terrible está con los dos.

CONDE. ¡Oh...! tiene el genio mas cócora
que yo he visto; felizmente
mis asuntos van en posta,
y nada hay ya que temer.

CLARA. ¿Cierto?

CONDE. Mucho; hace dos horas
que he recibido una carta
de don Dimas de la Costa,
mi procurador, y en ella,
querida Clara, me informa
que habemos ganado el pleito.

CLARA. ¡Qué fortuna!

CONDE. Es asombrosa.
Tendrá que ver el baron
cuando sepa esta derrota.

CLARA. Tambien cartas le han traido,

mas como hoy está de gorja,
aun no sabe que le espera
noticia tan...

CONDE. Esa es otra;
vendrá divertido y lleno
de tauromáquica gloria,
y sabrá... esta peripecia
es de las mas horrorosas.

CLARA. De todo sacas partido.

CONDE. ¿Qué he de hacer...? ¡Já! ¡já...! no es cosa,
y el apéndice de anoche...

CLARA. ¿Pues qué fue?

CONDE. Nada, una broma,
solo un sustillo moral;
y aunque fue trama diabólica
salió á las mil maravillas.

CLARA. Pero...
(*Ruido como el de un coche que entra en la casa.*)
¿Oyes...?

ESCENA VI.

CAROLINA. CLARA. EL CONDE.

CAROLINA. ¡Clara...! perdona...

CLARA. ¿Qué es ello...? (Conde, es mi hermana.)

CONDE. (Y por cierto encantadora.)
Señorita...

CAROLINA. Caballero...
(*Aparte á Clara.*)
Clara, sino te incomodas,
di, ¿quién es este buen mozo?
(*Hablan las dos aparte.*)

CONDE. Viene á prósito ahora
para enterarse de todo,
aunque ya es inútil... ¡Hola...!
Lo que es la curiosidad;
hélas departiendo á solas;
apuesto que á *soto voce*
la que danza es mi persona.

CAROLINA. (*A Clara.*)
Pues te doy la enhorabuena;

¿lo ves, muger...? ¡Jaa...! (Qué hipócr

CLARA. Para qué lo he de negar;
pero sepamos ahora
por qué has salido á llamarme.

CAROLINA. Tienes razon; ¡qué memoria!
Fue por decirte que ha vuelto
el tutor...

CLARA. ¡Vírgen de Atocha...!
Conde, el baron ha venido.

CONDE. ¿Tan pronto...? pues aun no es hora.

CAROLINA. Es que no sé qué ha pasado...

CLARA. Acaba... ¡Ay Dios, qué zozobra...!

CAROLINA. Parece que una desgracia...
no te asustes, que no es cosa;
ello, sí, me han informado
que es algo mas que una broma...
en fin, lo que es la funcion
no ha sido muy venturosa
cuando se ha vuelto el tutor
para meterse en la alcoba...

CLARA. ¿Pero qué le ha sucedido...?
¡Jesus...! el susto me ahoga.

CAROLINA. Quién sabe, alguna caida,
acaso una pierna rota...

CONDE. Temiendo estaba este lance.

CAROLINA. Por alli el Currillo asoma...
y aqui viene, él nos dirá...

CLARA. Vamos á dentro...

ESCENA VII.

CAROLINA. CLARA. EL CONDE. CURRILLO.

CURRILLO. Zeñoras.

CLARA. Currito, dígame usted...

CONDE. ¿Y el baron?

CURRILLO. No hay que asustaze,
cabayeros, juera el mieo,
porque la coza ná vale.

CLARA. No, no nos lo oculte usted.

CAROLINA. ¿Ha ocurrido algun desastre?

CONDE. ¿Cómo has dejado á mi tio?
CURRILLO. En tanto que ustés no acaben,
yo no pueo relatá
los pormenores del lanse.
CAROLINA. Veamos...
CLARA. Diga usted.
CONDE. Pronto.
CURRILLO. Zeñores, no atropeyarse,
porque á vivesa y á genio
á mí no me gana naide.
CLARA. ¡Qué pesadez, santos cielos!
Vamos á dentro...
CURRILLO. Asperarse;
voy á contar la ocurrensia
con sus pelos y zeñales.
Pues zeñó, en la Quinta estábamos,
tos alegres y boyantes;
ze jugaron cuatro toros
sin que ocurriera percanse:
cuatro vichos muy variles,
¿estamos...?
LOS TRES. Sí.
CURRILLO. Pues aelante.
Salió el quinto, y... ¡Jezucristo...!
no he visto coza mas grande:
lo menos mas e mil libras...
zi aqueyo era un elefante:
brabucon y de *zentío*,
y unas *piernas*... que ni el aire.
Yo al verlo dije... "milagro
que tú no espabiles á alguien."
El baron lo tanteó,
pues le tocaba matarle,
y dijo: "Curro, esta res
es menesté que tú amanses."
Corriente. Me voy al toro,
que andaba haciendo viajes,
lo cito... y ¿pienzan ustés
que á mí me yevó palante?
ná de eso, el animalito
conosió que yo era e el arte

y le entró un suör, un mieo,
que aqueyo era ya pirrarze.

CLARA. Bien...

CONDE. Vamos...

CURRILLO. Le dí un *cuarteo*,
y luego unos cuantos *pazes*,
y dîje al baron, ya falta
na mas que usté lo arremate.
Y azi fué; tomo el estoque
y hasta en medio el *cerco sale*,
lo *sita corto*, y el vicho...
á mi móo e ver, por vengase,
se jase pa tras, se *cubre*,
se *sierne*, y en un instante,
sin jaserle caso al *trapo*,
rebrinca, pega un arranque,
se *cuela en jurisdision*,
embroca, y el *diestra* cae.

LOS TRES. ¡Jesus...!

CURRILLO. Y al ver yo al baron
con las patas por el aire,
y que á quitarle la fiera
no se le arrimaba naide,
tomé la *puntilla*, y luego,
con la sangre hecha un vinagre,
me aserco y grito: ¡Avichucho...!
le dí un puntaso, y cobarde
dejó el bulto, serró el ojo
y dió con zu cuerpo al traste.

CAROLINA. ¡Magnífico!

CLARA. ¿Y el baron?

CONDE. ¿Ha sido el daño muy grave?

CURRILLO. Penzamos que habria perdio
alguna pierna en el lanse;
pero el dotor lo ha mirao
y entrambas estan cabales.
Vinimos á casa, y luego
ha empesao á desnuarse,
y en fin, ná, cuatro chichones,
y eza es coza que ná vale.

CAROLINA. Me alegro.

CLARA. Gracias á Dios.
CONDE. Si con esta escarmentase.
CLARA. Hermana, vamos á verlo.
A Dios, conde... ¡Ay! que aqui sale:
te va á encontrar...
CONDE. Nada importa,
que ya le haré yo que calle.

ESCENA VIII.

CAROLINA. CLARA. EL CONDE. BRUNO. EL BARON. Este, apoyado en aquel y leyendo una carta.

BARON. ¡Ay Bruno! Aciago es el dia...
por poco la vida pierdo,
y por aqui, sin por poco
un Estado volaverum.
BRUNO. ¡Ay señor...! Bien lo decia...
BARON. Tienes razon... mas... ¡qué veo!
¿aqui mi sobrino?
BRUNO. (¡El conde!)
CAROLINA. (Aqui fue Troya.)
CLARA. (Yo muero.)
BARON. Dime, Carlos, ¿has venido
á gozarte en mis tormentos?
¿Acaso no estan aún
satisfechos tus deseos....?
CONDE. Señor, puedo asegurar
que no ha sido ese mi intento.
BARON. ¿Qué tal? ¿te gusta, Carlitos?
al fin me has ganado el pleito...
Si no fuera porque miro...
CONDE. Yo, tio, en el alma siento
que hoy reciba tantos golpes...
apele usted...
BARON. ¡Yo...! no apelo,
porque parece que el diablo
hacerme mal se ha propuesto.
Nada, llévate el Estado,
yo renuncio á mis derechos,

y le entró un suõr, y
que aqueyo era ya p

CLARA. Bien...

CONDE. Vamos...

CURRILLO. L

y luego unos c
y dije al baro
na mas que
Y azi fué;
y hasta en
lo *sita co*
á mi m
se jase
se *sie*
sin
reb ...ted de *él*,
se ... atrevo
... ...e Clara

LOS TRES. ...yor anhelo.

CURRILL... la banderiya.

¡Calla...! ¡otra te pego...!
me quieres arruinar...
Yo, señor?
¡Uf...! ¡monstruo horrendo...!
¡casarse tambien...! no es nada...
Clarita, ¿qué dices de esto...?
pero no; calla, es mejor,
porque ya en tu rostro leo
que estan ustedes conformes.
Pues señor, ¡vitor...! ¡me alegro!
(*Ap.*) (¿Y el dote? ¿y el capitan?
esa es otra... ¡hum! el infierno
se ha desatado en mi daño.)
¡Bruno...!

BRUNO. Señor.

(*Suenan á lo lejos dos pistoletazos.*)

TODOS. ¡Ah!!

BARON. ¿Qué es eso?

CURRILLO. Que alguno en el bosque e caza
está casando conejos.

Vamos á ver, en un verbo
anda, infórmate de todo
y vuélvete aqui al momento.

BRUNO. Voy, señor.

BARON. Pero mas vivo.

BRUNO. Bueno estoy para...

BARON. ¡Ligero...!

ESCENA XI.

CAROLINA. CLARA. EL BARON. BRÍGIDA.

BARON. ¡Jesus...! ¡Jesus! ¡loco estoy...!
¿qué será... qué habrá pasado...?
¡Santo Dios! ¿por qué pecado
asi me castigas hoy?

(*Se sienta en un sillon, y deja caer la cabeza sobre ambas manos.*)

CLARA. ¿Lo estás viendo, hermana mia?

CAROLINA. ¡Clara...! ¿qué quieres decir?

CLARA. ¡Ay! al fin vino á salir
lo mismo que yo decia.

CAROLINA. ¡Qué...! ¿seré yo... no es posible,
la causa del desafio?

CLARA. ¿Y tú lo dudas...?

CAROLINA. (*Con la mayor amargura.*)
¡Dios mio...!
¡Oh! ¡qué idea tan terrible!

BARON. ¡Muchacha...! ¿qué te ha pasado?
¿por qué es ese llanto ahora?

CAROLINA. ¡Ay, que el dolor me devora!
¡quién lo hubiera imaginado...!

BARON. Pero, chica, en un momento...

CAROLINA. ¡Soy culpable...!

BARON. ¡Ay Dios! ¡qué brega...!

CAROLINA. ¡Culpable...! mas tarde llega...

BARON. ¿El qué...?

CAROLINA. El arrepentimiento.

BARON. ¡Otro susto! ¡otra agonía!
¿Qué has hecho...?

CAROLINA. Yo no lo sé...

solo recuerdo que fue
sin saber lo que me hacia.
(*Como hablando consigo.*)
¡Yo motivo de pendencias...!
yo... nunca llegué á saber
que pudiera esto tener
tan horribles consecuencias.

BARON. Si el Señor hoy no me ampara
á perder voy la chabeta.
¿Por qué estás, di, tan inquieta?
A ver, ¿lo sabes tú, Clara?

CLARA. (*Mirando hácia dentro.*)
¿Yo...? ya se acercan á aqui.

CAROLINA. ¿Y vienen los dos?

CLARA. Los dos...
y herido el vizconde.

CAROLINA. ¡Ay Dios...!

BARON. ¡Herido...!!

CAROLINA. ¡Sí, yo lo herí!

ESCENA ÚLTIMA.

EL BARON. CAROLINA. CLARA. EL VIZCONDE, con una mano vendada. DON MARCIAL. EL CONDE. BRÍGIDA. BRUNO. EL CURRILLO, que sale delante de todos.

CURRILLO. Cabayeros, no ha sio ná,
por estas cruses...

BARON. ¡Aparta...!

CURRILLO. (¿A que le endiño una zarta...)

BARON. ¿Adónde el vizconde está...?

VIZCONDE. Aqui, señor...

BARON. ¿Qué ha sido eso?
pronto...

MARCIAL. Yo le esplicaré
el cómo, cuándo y por qué
de todo aqueste suceso.
Esto ha sido una locura,
y el que se haya cometido
nadie la culpa ha tenido
sino su poca cordura.

BARON. ¿Qué...? ¿mi poca...

MARCIAL. Es la verdad;
por ella, puedo decir
que he venido á concluir
con una barbaridad.
Mucho el batirme escusé
por un entremes de amor...
pero se punzó á mi honor
y por mi honor acepté.
Pues señor, bien; he vencido;
pero... es tan mala mi estrella,
que... cáselo usted con ella,
porque bien lo ha merecido.

BARON. ¿Qué...? ¿qué dice usted? ¿con quién?

MARCIAL. Con Carolina al vizconde.

BARON. ¡Qué es esto! chica, responde...

CAROLINA. Yo... señor,..

BARON. (¡Mi hijo tambien!
pero... ¡ay de mí! ya comprendo
¡qué necio! todo este lio...
por ella fue el desafio,
por ella todo este estruendo.
¿Habrá mas negra fortuna?
cuando yo...)

MARCIAL. Señor baron,
á echarles la absolucion:
(*Bajo.*)
éramos tres para una.

BARON. ¿Qué es esto que por mí pasa?

BRUNO. (*Bajo.*)
Que se casen, sí señor;
á mi ver, es lo mejor,
pues algo se queda en casa.

BARON. ¡Ah...! ¡perros...!

VIZ. *y* CAR. (*Se adelantan.*)
¡Señor...!

BARON. (*A Carolina.*) ¡Arpía!!
Casaos en gracia... de Dios.

MARCIAL. (*Señalando á Clara y al conde.*)
Diga usted, ¿para estos dos
no habrá tambien amnistía?

BARON. ¿Está usted empecatado?
¿Pues, y usted...?

MARCIAL. Me quedé fuera;
libró mejor que quisiera,
pues me voy desengañado.

BRÍGIDA. (*Bajo á Bruno.*)
¿Don Bruno, lo está usted viendo?

BRUNO. Señora, que hablando estan.

BRÍGIDA. Sin menester de su afan
todo se va componiendo.

MARCIAL. Su palabra le devuelvo,
pues mi deber lo aconseja;
absuelva usté á esta pareja
lo mismo que yo le absuelvo.

BARON. (*Tendiéndole los brazos.*)
¿Quién ha de negarlo, quién,
cuando es tanta su hidalguía?

CURRILLO. (Si estuvie aquí Rosalía,
yo me cazaba tamien.)

BARON. Es verdad, troqué los frenos...
Venid, que aguardando estoy...
(*Se abrazan.*)

CLARA. ¡Padre!

CONDE. ¡Señor...!
(*A don Marcial.*)
Lo que es hoy,
don Marcial, no he de ser menos.
(*Al Baron.*)
Queda usted en posesion,
de por vida, del Estado
que en justicia le he ganado,
mas... con una condicion:
y es, que no lo ha de invertir
en toros...

BARON. ¡Qué desvarío...!

CONDE. Porque usted ya debe, tio,
retirarse á buen vivir.

BARON. Mucho, y vas á cerciorarte
de si estoy dispuesto ya...
mira, Curro, ven acá.
(*Bajo.*) Hazme el favor de largarte.